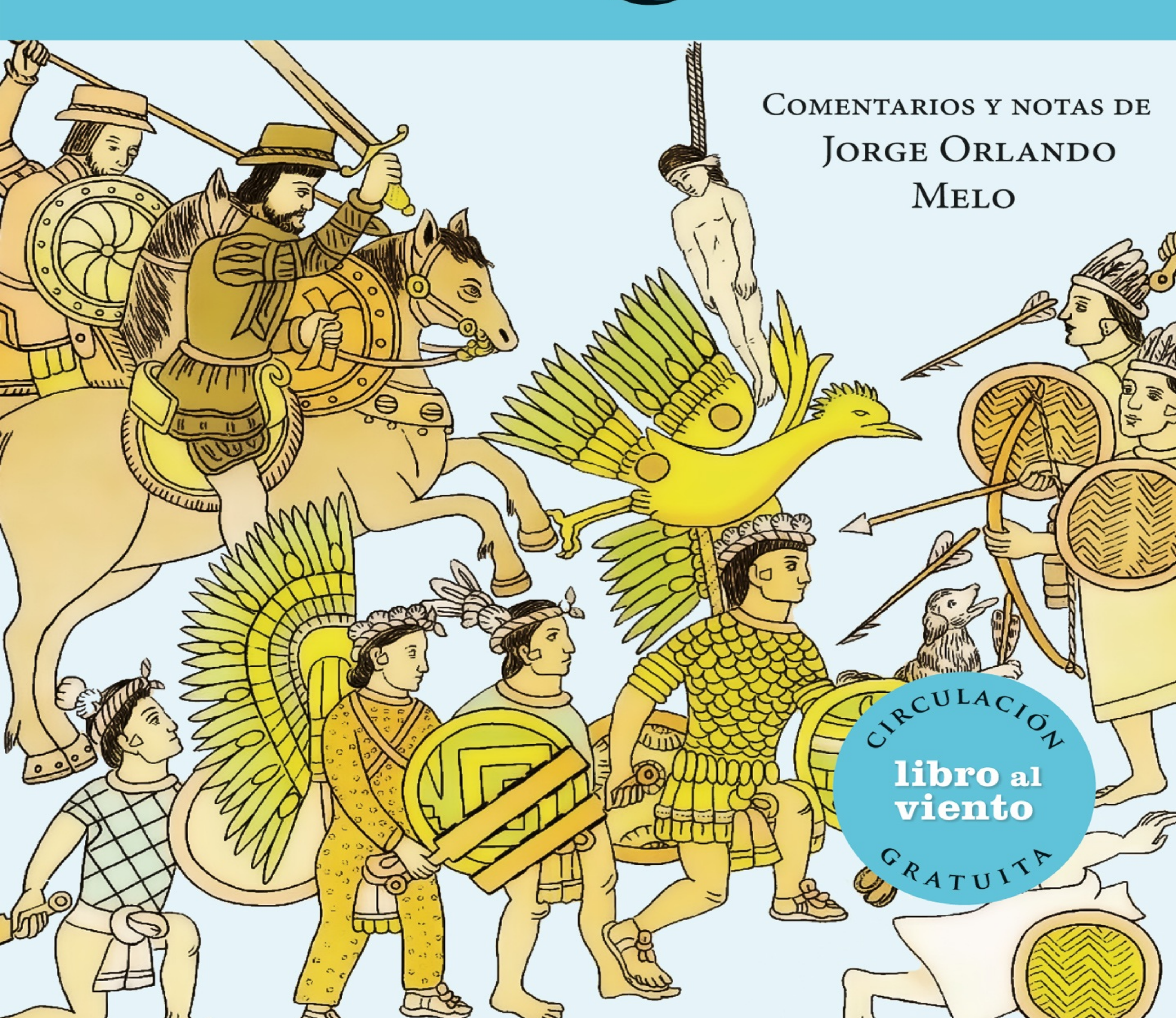
Maravillas y horrores de la conquista





Una campaña de fomento
a la lectura de la Secretaría
de Cultura, Recreación y Deporte
y el Instituto Distrital
de las Artes – Idartes

Este ejemplar de *Libro al Viento* es un
bien público. Después de leerlo permita
que circule entre los demás lectores.



Maravillas y horrores de la conquista

Comentarios y notas de
Jorge Orlando Melo



Alcaldía Mayor de Bogotá
Enrique Peñalosa Londoño, Alcalde Mayor de Bogotá
María Claudia López Sorzano, Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte

Instituto Distrital de las Artes – Idartes
Juliana Restrepo Tirado, Directora General
Jaime Cerón Silva, Subdirector de las Artes
Lina María Gaviria Hurtado, Subdirectora de Equipamientos Culturales
Liliana Valencia Mejía, Subdirectora Administrativa y Financiera

Alejandro Flórez Aguirre, Gerente de Literatura
Carlos Ramírez Pérez, Olga Lucía Forero Rojas, Ricardo Ruiz Roa, Elvia Carolina Hernández, Víctor Giovanny Barbosa, Lucano Tafur Sequera, Equipo del Área de Literatura

Primera edición: Bogotá, julio de 2017
Imágenes: carátula: recreación de Wilhelm Sievers (1914) de un códice, pintado *ca*. 1650, que representa la conquista de Michoacán en la que los tlazcaltecas lucharon junto a los españoles contra los aztecas, tomada de Wikimedia; grabados de páginas interiores:
ClipArt ETC [http://etc.usf.edu/clipart/].

ANTONIO GARCÍA ÁNGEL, Editor
ÓSCAR PINTO SIABATTO, Diseño + diagramación
ELIBROS EDITORIAL, Producción ebook
978-958-8997-51-3, ISBN (impreso)
978-958-8997-52-0, ISBN (epub)

GERENCIA DE LITERATURA IDARTES
Carrera 8 n.º 15-46
Teléfono: 3795750
www.idartes.gov.co
contactenos@idartes.gov.co
f @LibroAlViento f Gerencia Literatura Idartes t @Libro_Al_Viento

Contenido

Sobre esta edición

Esta selección de textos pertenece a un corpus más amplio que reunió el historiador Jorge Orlando Melo en dos volúmenes, el primero de ellos realizado en colaboración con Germán Colmenares y publicado en 1968 con el título *Lecturas de la historia colonial*, y el segundo, *Reportaje de la historia de Colombia*, con la asistencia de investigación de Alonso Valencia Llano y publicado en 1989.

De ambos trabajos Melo hizo una edición digital que tiene el mismo título de este Libro al Viento y abarca desde 1492 hasta 1550. Se trata de testimonios de protagonistas directos o testigos de los hechos, ordenanzas reales, informes burocráticos y textos similares, casi todos caracterizados por lo violento y lo pintoresco –temáticas atractivas para quienes escribían, como afirma el prólogo al segundo volumen referido–. Se trata sin duda de un delicioso e interesantísimo repertorio de anécdotas que bien habría merecido una edición íntegra, pero cuya extensión desborda el formato de Libro al Viento e iría en contra del espíritu de este programa, cuyo propósito es que cada ejemplar circule de mano en mano y no permanezca demasiado tiempo en manos de un solo lector.

Por estos motivos hemos extractado 15 de los 59 textos que constituyen la selección original, buscando los más amenos y legibles, pero lamentando profundamente que algunos no cupieran en este volumen.

Los primeros tres escritos son de Fernández de Oviedo, autor de la *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del Mar Océano*. Contienen un interesante catálogo zoológico y frutal, así como descripciones detalladas de los indígenas y sus costumbres, desde los Caribes, comedores de carne humana y «sodomitas abominables», hasta otras etnias de trato más amable, con sus rituales, indumentaria y aspecto. Vale la pena detenerse en el pasaje donde habla de cómo los nativos se asombraban frente al lenguaje escrito. A continuación viene una ingeniosa e irónica respuesta de los indios del Sinú a un requerimiento del conquistador Fernández de Enciso, quien les pedía doblegarse al poder del Rey. Sigue la sorprendente historia de Pedro Serrano, antecesor de Robinson Crusoe, quien sobrevivió ocho años con un muchacho en una isla del

Archipiélago de San Andrés. El sexto capítulo es una carta de Fray Tomás Ortiz Verlanga que detalla los vejámenes que padecían los nativos y la crueldad gratuita de los españoles. Luego encontramos a Pedro de Aguado con un relato sobre la fiereza con que los indios resistían el avance español. El siguiente texto es una historia al estilo de *El entenado*, de Juan José Saer, en la que el español Francisco Martín, luego de enfrentar múltiples penurias, termina viviendo entre los indios y convirtiéndose en uno de ellos. Llama la atención, en el examen de las costumbres de los chibchas que realiza Juan Friede, la curiosa manera en que según él dividen sus ciclos de trabajo y descanso. El recuento de cómo las indias durmieron con burundanga a los españoles, en el relato de Lucas Fernández de Piedrahita, es una joya de la picaresca que no podía faltar en esta selección. Después, Pedro de Aguado nos relata uno de los acontecimientos más trágicos en la caída chibcha: la muerte de los últimos caciques, Tisquesusa y Saquesagipa, lo que precipita su derrota. No podíamos omitir un apartado sobre la búsqueda de El Dorado, en las plumas de Pedro Simón y Rodríguez Freyle. Cierran esta selección tres testimonios cortos, uno sobre la preparación de veneno por parte de los indios, otro de Bartolomé de las Casas sobre la cauterización de una herida y, finalmente, «La cabalgadura risueña», una perla humorística con un protagonista animal.

Sólo nos resta agradecer a Jorge Orlando Melo la existencia de estas *Maravillas y horrores de la conquista*, nuestro título 125.

ANTONIO GARCÍA ÁNGEL

INTRODUCCIÓN

UNA FORMA EXCELENTE de revivir las experiencias de la conquista de Colombia y hacerlas propias, es leer los documentos de la época. En ellos, los españoles –soldados, colonos, funcionarios, curas o cronistas– narraron lo que veían o hacían. Estos testimonios –crónicas históricas, informes oficiales, cartas y hasta poemas– ofrecen la visión de los protagonistas. Son narraciones apasionadas y llenas de distorsiones y prejuicios sobre un período dramático y violento, en el que los indios –cuya versión sólo tenemos en textos de los españoles mismos– fueron sometidos a una guerra cruel.

Como puede advertirse, los españoles convirtieron la palabra, y en especial la palabra escrita, en un arma decisiva contra los indios. Derrotaron a los habitantes de América, mucho más numerosos, aprovechando la ventaja de las armas de fuego, los caballos y los perros, pero sobre todo la de contar y escribir lo que veían, la de actuar con base en una información inmensa que ayudaba a coordinar la acción de centenares de grupos dispersos. Empeñados en saberlo todo, en registrar todo, en informar todo a sus autoridades, los españoles describieron la geografía, las plantas y los animales, los indios y sus costumbres, y terminaron creando un imperio apoyado en el papel y la tinta. Uno de los documentos incluidos aquí se refiere precisamente a la magia de la palabra y su poder, a la sorpresa de la escritura.

Esta obsesión documental nos permite hoy ver lo que veían y pensaban los españoles, lo que los sorprendía y los aterraba y hace que podamos, nosotros también, maravillarnos y llenarnos de horror.

Para facilitar la lectura, he modernizado parcialmente la ortografía y el lenguaje, aunque sin eliminar del todo su sabor arcaico.

JORGE ORLANDO MELO

Maravillas y horrores de la conquista



1. De algunas particularidades de la provincia de Sancta Marta, y de los animales y aves que hay allí, de los mantenimientos y otras cosas particulares de aquella tierra (1514)

Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés

Cuando Pedrarias Dávila, gobernador de Castilla del Oro, pasó por Santa Marta con más de dos mil hombres que llevaba, tomó allí puerto porque era de su gobernación. Y por su mandado salió en tierra alguna gente un miércoles por la mañana, víspera de Corpus Cristi, año de mil y quinientos y catorce, y hubieron una guazábara o encuentro con los indios, y yo me hallé en esto, porque, como he dicho en otras partes, fui por veedor de las fundiciones del oro en aquella gobernación de Castilla del Oro; y aquel día me mataron un hombre de los que conmigo iban, en un combate que hubimos con los indios, por les ganar un cerro alto, donde se encastillaron e hicieron fuertes, por tomarnos el paso. Este compañero que digo, se decía Hernando de Arroyo, y estando par de mí, le dieron un flechazo, de que le hirieron en la espinilla de una pierna; y fue tan poca la fuerza de la flecha y tan pequeña la llaga que no se le tuvo hincada la saeta, sino así como le dio y le rompió el cuero y le sacó un poco de sangre, en el momento se cayó la flecha en tierra, el hierro de la cual era un hueso de pescado que llamamos raya. Mas la hierba era tal, que en el instante que este hombre fue herido, se vio que era mortal, porque aunque era hombre de mucho esfuerzo, y de su persona se tenía experiencia y era tenido por de grande ánimo, desmayó y cuasi rabiando, el tercero día murió.

Tornando a la historia, digo que les subimos a los indios el monte o cerro que nos defendían entre muchas y grandes galgas, o mejor diciendo, piedras que desde lo alto enviaban rodando, con que descalabraron y atropellaron algunos cristianos. Y murieron dos o tres indios, de escopetas que les dieron, y fueron presas nueve o diez mujeres y un indio. Y entre estas mujeres un negro mío halló la cacica, mujer moza, escondida entre ciertas matas enramada; y era de gentil

parecer, y en mi casa en el Darién, después que allá llegamos, murió desde a pocos días, de fiebres; y a mi parecer, murió de coraje de se ver presa, puesto que, en la verdad, no fue tratada sino muy bien. Conocióse que era mujer principal, por el acatamiento y respecto que con ella tenían las otras mujeres presas, porque en ninguna manera se asentaba ninguna sino muy desviada de ella, ni la hablaban mirándola, sino los ojos puestos en tierra.

Dije de suso que esta india principal era hermosa, porque en la verdad parecía mujer de Castilla en la blancura, y en su manera y gravedad era para admirar, viéndola desnuda sin risa ni liviandad, sino con un semblante, austero, pero honesto, puesto que no podía haber de diez y seis o diez y siete años adelante. El día de esta batalla, puestos los indios en huída, los que habíamos salido de las naos, dormimos en tierra, habiendo discurrido, lo que el día duró, a unas partes y otras; y cuando el sol se escondió, asentamos real con buena guarda, pero desviados del puerto y de la mar tres leguas, poco más o menos. Y en algunos lugarejos que los nuestros robaron, no dejaron cosa que se hallase, y en especial, en un pueblo se hubieron muchos y muy buenos penachos, y hamacas y mantas de algodón y halláronse tambores grandes, de seis o siete palmos de luengo, hechos en un tronco vacuo de árboles gruesos, y encorados[1], colgados en el aire dentro de los buhíos, que sonaban mucho. Yo entré en un lugar déstos con hasta cincuenta hombres que conmigo iban, y halléle despoblado y la gente ida al monte; y acaso entré en una casa o buhío de aquellos (que debiera ser casa de munición de la república o de su cacique), en que había muchos arcos e innumerables manojos de flechas, y muchas pelotas de hierba de color de cera pez. Y como yo iba enojado del hombre que me habían herido, hice a un escopetero que con la mecha pusiese fuego a aquel buhío; y el aire duró poco, más fue tan a propósito, que en espacio de media hora estaba quemado aquel y todos los otros buhíos de aquel pueblo, que eran más de cuarenta.

Allí hube yo una piedra zafir tan grande como un huevo de gallina, y aun casi de ánsar, no muy azul perfecto, sino como entre cristal y zafir, o era zafir blanco. Aquel día se hubo una manta de más de seis o siete varas de luengo, y de ancho la mitad, con muchas pinturas entretejidas, y en ellas muchas piedras cornelinas, y plasmas de esmeraldas y casidonias y jaspes y otras, y hubiéronse muchas piezas de oro labradas, de diversas maneras, y oro y leyes; siete mil castellanos poco más o menos. Lo cual todo se entregó al tesorero Alonso de la Puente, en

cuyo poder, así el zafir como los demás, se puso, para que después de sacados los derechos reales, se partiese. Pero nunca yo supe después en quién paró esta hacienda, aunque lo sospeché, como otros a quien les iba tanto en ello. Dejemos esto, que no es el Rey sólo el engañado en estas cosas: que todos lo fuimos, y yo demás deso, arrepentido de no haber guardado aquel zafir.

Este día se mataron cinco o seis venados que atravesaban entre los cristianos; porque hay muchos en aquella tierra, y los lebreles nuestros los tomaron, y esa noche en el real se comieron con otros dos puercos salvajes, que los indios llaman báquiras[2]. Viéronse muchas tórtolas y codornices, y palomas torcaces y zoritas, y muchas pavas de las granaderas prietas y de las leonadas, y otras aves que llaman los cristianos faisanes, pero no lo son, puesto que en su gentil sabor, no son inferiores a buenas perdices, y tal tienen el plumaje, pero las colas largas. Hay aves de rapiña en aquella provincia, así como neblíes y gavilanes, esmerejones y cernícalos. Y todas estas aves son comunes en la Tierra Firme, y algunas de las que se ha dicho, mataron ballesteros este día, en especial de las tórtolas. Yo hallé un azor en un pueblo de esta tierra el mismo día o el siguiente, muy hermoso, en una muda, y por tal muda le juzgaron muchos que mejor que yo entendían las cosas de la caza y cetrería; pero nunca oí después, en cuantos años ha que estoy en estas Indias, que los indios cazasen con aves. El caso es que este neblí o azor, si no estaba para mudar, a lo menos estaba suelto y cercado de cañas en tanto espacio como diez o doce pies de cada parte, que serían cuarenta en cuadro, y allí, a una parte de este encerramiento, puesta arena menuda. Este día mataron los españoles tres o cuatro perrillos pequeños, gozques y mudos, porque no saben ladrar, y aunque les daban palos y cuchilladas, no se quejaban sino con cierto gruñir secreto o bajo que apenas se oye. Y de estos tales perros gozques hubo muchos en todas estas islas y más en la Tierra Firme, puesto que en esta isla Española y otras se acabaron.[3]

Otro día siguiente, que fue de Corpus Christi, tornó toda la gente al puerto, y nos embarcamos por mandado del gobernador Pedrarias, y seguimos nuestro viaje y fuimos al Darién. Pero todas estas aves y animales y otros son comunes en la Tierra Firme, que con más tiempo y espacio yo las vi después, y por tanto, basta aquí señalar los que de ellos en Santa Marta vimos; y adelante se dirán más particularidades de todo ello en cada cosa de éstas, que para mi gusto son más apacibles que estas otras materias torpes de discordias y mal miramiento de

algunos capitanes, en que de necesidad y contra mi voluntad tengo escrito lo que tengo dicho y me queda por decir, para dar más cumplida razón de mí y de la historia. En Santa Marta se hubieron entonces muchas y hermosas mantas de algodón, y muchas redes de lo mismo, para pescar; pero porque tengo de decir todo esto más puntualmente en el viaje de Pedrarias, basta haberlo tocado aquí sumariamente.

Son estos indios caribes, flecheros y comen carne humana; y esto se supo, porque en algunas casas se hallaron aquel día tasajos y miembros de hombres o de mujeres, así como brazos y piernas, y una mano puesta y salada y enjairada, y collares engastados en ellos dientes humanos, que los indios se ponen por bien parecer, y calaveras de otros puestas delante de las puertas de las casas, en palos hincados, a manera de trofeos y acuerdo de triunfo de los enemigos que han muerto o de los que han comido. Son idólatras estos indios, como en todas las Indias de estas partes. Son sodomitas abominables; y súpose esto, a la sazón, por conjeturas, y después, con el tiempo, por muy cierto. Porque entre otras piezas de oro labrado que se hubo allí en Santa Marta, y que, huyendo los indios a la sierra, lo dejaban escondido por el campo, en las sabanas y otras partes, se halló una pieza de oro de veinte quilates, o más, que podía pesar hasta veinte y cinco pesos, que era un hombre sobre otro, en aquel malo y nefando acto contra natura, hechos de relieve y muy al proprio; la cual pieza, yo por mis manos la quebré después encima de un ayunque con un martillo, en la casa de la fundición real en el Darién.

Hallamos mucho maíz hermoso en el campo, y yuca, y muchas arboledas de guayabas y guanábanas y otras frutas de las que acá hay y son comunes en todas estas indias, y muchas piñas. Muy buena agua de dos ríos pequeños que vienen de las sierras al mismo puerto y a un estanque o laguna que allí hay; aquellos ríos son llenos de marcasita[4] de la dorada. A mi parecer y de otros, aquélla es hermosa tierra, y de muy gentiles llanos de vegas y sierras, y buenas aguas, y fertilísima; y tiene buena mina de oro, y sería muy rica cosa, si la tierra tiene gente y gobernador como convendría. Plazca a Dios que el que allá está ahora, y el que fuere tras él, y otros, todos acierten a servir a Dios, que conviertan y pacifiquen aquellos indios: que sirviendo a Dios, se sirve al Rey, y se hace lo que conviene a la tierra y a los pobladores de ella; y errando cualquiera cosa de éstas,

se yerran todas las otras, y haciendo bien la primera, se aciertan todas y se aumenta todo en bien.

Los hombres y las mujeres en aquella provincia son de color algo más claro que loros; andan desnudos, y las bragas que ellos y ellas traen, son como en la gobernación de Venezuela, de aquellos cañutos o sendos caracoles en que los hombres ponen el miembro viril, o atado con un hilo y metido por adentro cuanto más le pueden encoger; y las mujeres, aquellas bragas sueltas de algodón que ninguna cosa encubren, aunque las tengan, por poco viento que haya, y aun porque en la verdad, los verdaderos ornamentos de las mujeres son honestidad y no los vestidos. Pero esto no lo dijo Justino consintiendo que estuviesen desnudas: que esto tal es una salvajina antigua, y donde nunca se supo otra cosa; mas es la verdad que yo he visto muchas indias desnudas, más vergonzosas que algunas cristianas vestidas. Aquella sentencia de Justino es gentil y de loar, para que no piense alguno que está la hermosura y ornamento en el atavío del vestir, sino en las buenas costumbres y obras virtuosas; y no olvide nadie aquel dicho del santo Job: «Vestida es mi carne de hedor y de mácula de polvo». Pues así es; y vestida la persona de estos paños exteriores sin ropa alguna, ella es tal como Job dice.

No es de maravillarnos de alguna gente vestida o desnuda, porque el mundo es largo, y no pueden todos los hombres verle; y para eso quiere Dios que yo y otros se den a estas peregrinaciones, y las veamos y se escriban, para que a todos sean notas y de todo se le den loores. Parece cosa imposible a los ignorantes, ser la mar roja, porque no la han visto donde tiene tal color, y ahora muchos he yo visto que la han visto seca, y otros escriben que en otra parte es verde; y el autor es Plinio, hablando de la Trapobana. Yo la he visto en algunas partes casi blanca como leche, en la costa de la isla de Cuba; y también la he visto en el mar del sur, yendo de Panamá a Nicaragua, muy llena de culebras sobreaguadas, y así llaman algunos a aquella mar, golfo de Culebras.

Así, de los hombres, en una parte son vestidos, y en otra desnudos, y así como difieren en el traje, son diferentes en las lenguas y en los ritos y ceremonias. Y de todo hay mucho que decir en esta Tierra Firme; y por tanto, en este caso, lo que aquí no se dice, es porque lo hay, y lo diré pocas leguas adelante, y todo en la gobernación de Castilla del Oro, en que, asimismo al principio fue inclusa Santa Marta. Y como mejor informado y más tiempo residí, se escribirán más

particularidades de estas y de otras que con el tiempo se nos irán manifestando, y se irán así acumulando en cada lugar o parte que convenga escribirse en este y en los otros libros de la *Natural y general Historia de estas Indias*.

Fuente: GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO Y VALDÉS, *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océan*o, 5 vols., Madrid, 1959. Vol. III, pp. 79-82; 354-356.

---

[1] Encuerados.

[2] Tatabra o cafuche.

[3] También desaparecieron pronto los perros mudos en Tierra Firme y toda la Nueva Granada. Aún son comunes en Perú.

[4] Mineral de hierro y azufre.

2. La maravilla de las letras y de otras muchas particularidades de los indios de la gobernación de Castilla del Oro en la provincia de la Lengua de Cueva y otras partes. La chicha. Plantas americanas y españolas

Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés

Estas gentes de estas partes comúnmente son sin barbas o lampiños, puesto que algunos indios he visto, pero pocos, que las tienen, así en las caras como en las otras partes que los nuestros hombres en nuestra España y Europa. Y queriendo yo más particularmente entender aquesto, averigüé en esta provincia de Cueva (de quien aquí se trata), que también tendrían barbas como los cristianos; mas así como les nascen, se las pelan, y de habituarse a aquello y a untarse con algunas hierbas y otras cosas que ellos saben, ningunas les nascen, o si nascen, no les duran; pero en sus vergüenzas y en los sobacos, muchos indios, en muchas partes de esta tierra, tienen tantos pelos como los cristianos o cualquiera otra nación, excepto las mujeres, que tienen más diligencia y aviso para que en tales lugares no se les críe, ni haya polvo ni lana. Verdad es que, cerca de esta provincia, en la del Cenú, ellos con barbas, y ellas y ellos con todas las otras partes secretas que allí traen públicas, no tienen diferencia ni menos que nosotros; y en este caso, cuando en otras gentes de estas Indias se hable, se dirá lo demás, que es muy diferente de lo que está dicho.

Tienen por costumbre, así los indios como las indias, de se bañar tres o cuatro veces al día, por estar limpios y porque dicen que descansan en lavarse; y por de mañana que las indias vayan al río o fuente por agua, primero que de allá vengan, se lavan y aun nadan un poco, en lo cual son muy diestros; y este lavarse tornan a hacer a mediodía y a la tarde, y por lo menos una vez al día ellos, y las indias mucho más. Y es verdad que estando un día o dos sin se lavar, como acaece, o por andar camino u otras causas, que naturalmente huelen a monte, o un mal olor como el de los negros de Guinea, que en alguno es insoportable.

Donde quiera que hay mar y río hay pescados y pescadores; y estos indios de Cueva son muy dados a este ejercicio de las pesquerías, de todas aquellas maneras que se dijo en el capítulo primero del libro XIII; porque a la verdad esta gente tiene en esta provincia por principal mantenimiento suyo el pescado, así porque son muy inclinados a ello, como porque con más facilidad lo pueden haber en abundancia y a menos trabajo que las salvajinas de puercos y venados, que también matan y comen. Y así en la pesquería como en la montería, se aprovechan mucho de las redes, que hacen de henequén y cabuya, y asimismo de algodón, que tienen mucho y bueno, de que natura los ha proveído, y hay boscajes y matas, grandes como árboles, de ello. Y yo por árboles tengo alguna manera de algodón que hay en estas islas y en la Tierra Firme, pues duran muchos años y son altos, puesto que la madera es feble o floja, y vana asaz: y lo que los indios quieren hacer más blanco y mejor, cúranlo y plántanlo en sus asientos y heredamientos y cerca de sus casas. También sin redes matan y montean los animales que he dicho, y otros a lanzadas, y en cepos que les arman, y a veces en ojeo con cantidad de gente, y los atajan y reducen a lugares estrechos. Después que los han muerto, como no tienen cuchillos para los desollar, cuarteánlos, hácenlos partes con piedras de pedernales y con hachuelas de piedra que tienen enastadas; y asan la carne sobre unos palos, que ponen, a manera de trévedes o parrillas, en hueco, (que ellos llaman barbacoas) y la lumbre debajo; porque, como la tierra está en clima que naturalmente es calurosa, presto se daña el pescado o la carne, que se asa el mismo día que muere.

Allende de la carne y pescados, tienen muchas y diversas frutas. Su pan, como tengo dicho, es maíz y yuca. Todos, por la mayor parte, beben agua, pero a ninguno desplace el vino; antes son muy amigos de él, y aquéste hacen del maíz, según la cantidad que quieren hacer de chicha, que así llaman a su vino, y para hacerlo tienen esta forma. Ponen el maíz en remojo, y así está hasta que allí en el agua comienza a brotar por los pezones, y se hincha, y salen unos cogollicos por aquella parte que el grano estuvo pegado en la mazorca que se crió; y desde que está así sazonado, cuécenlo en buen agua, y después que ha dado ciertos hervores y menguado la cantidad que ya ellos saben que es menester, apartan del fuego la olla o tinajuela en que lo cuecen, y repósase y asiéntase abajo el grano. Y aquel día no está para beber; pero el segundo día está más asentado, y

comienzan a beber de ello, aunque está algo espeso; y al tercero día está bueno y claro, porque está de todo punto asentado, y el cuarto día muy mejor, y la color de ello es como la del vino cocido blanco de España, y es gentil brebaje. El quinto día se comienza a acedar, y el sexto más, y el séptimo es vinagre y no para beberse: pero no lo dejan llegar a ese término, y de esta causa, siempre hacen la cantidad que les parece, porque no se pierda ni dañe: y así, antes que aquello no esté para beber, tienen otro, que se va haciendo de la manera que es dicho. A mi parecer, es de mejor sabor y más substancia que la sidra o vino de manzanas que se hace y beben en Viscaya, o que la cerveza o biara que beben los ingleses y en Flandes (que todo lo uno y lo otro he probado y bebido). Este vino es sano y templado, y tiénenle los indios por preciado y gentil mantenimiento, y tiénelos gordos. También se hace muy buen vinagre del maíz, en esta manera. Tuestan los granos del maíz al fuego, y después muélenlos y hácenlos harina, la cual mezclan con agua, y dánle ciertos hervores, y apartan la olla como está, y pásanla donde esté reposada hasta otro día, que la tornan a cocer así como está; y después del segundo cocimiento, cuélanlo, y lo que ha salido limpio, hecho agua o vinagre, pónenlo al sol dos o tres días. y al tiempo que lo comienzan a poner al sol, échanle un poco de agua limpia, para que se haga más fuerte; y en fe de aquellos tres días que ha estado al sol, queda hecho buen vinagre y dura muchos días, que no se daña y corrompe, ni afloja de su ser que tuvo cuando mejor fue.

Dije en el capítulo XXVI de suso, que por la mayor parte, los indios de esta provincia de Cueva fundan sus empresas sobre una bebedera o areito. Y qué cosa sea este areito, largamente se dijo en el libro V, capítulo primero; y de aquellas maneras que allí dije y otras muchas que dejé de decir, por evitar prolijidad, se usan en esta provincia de Cueva. Y porque, como quedan borrachos, los menos se acuerdan otro día de lo que allí se trató cantando, siempre quedan algunos, como diputados y viejos, que no andan en el baile o areito, con los cuales, luego otro día siguiente se comunica al cantar de la noche o día de antes, y lo que allí se ordenó con los capitanes; y lo ponen por obra, como si quedasen obligados por un firme y bastante contrato o juramento y pleitesía inviolable. Y también hay algunos de tan buenas cabezas, que por mucho que beban, no se descuerdan ni caen embriagos[5]. Estos areitos, como en otra parte tengo dicho, son sus letras o memoriales.

Una cosa de las que más se han espantado los indios de cuantas han visto entre los cristianos, son las letras, y que por ellas nos entendamos con los ausentes. Y así, cuando algún cristiano escribe a otro que está algunas leguas de allí, é algún indio es el mensajero, quedan espantados que en la carta digan acullá lo que se ha hecho acá, que aquel indio ha visto hacerse, o lo que se entiende hace; y llévanla con tanto respecto y temor y guarda, que les parece que también sabrá decir la carta lo que el indio piensa o hace, como él mismo, y aun algunos piensan que tiene ánima la carta, y ya se ha platicado entre ellos para lo experimentar. Y especialmente un cacique, en aquella tierra de Cueva, mandó a un indio suyo que a una carta de su amo, que había de llevar a cierta parte a otros cristianos, le preguntase en el camino a la carta el que la llevaba algunas cosas que le mandó, y así lo hizo; y dada la carta, volvió con otra en respuesta de aquel a quien iba, y después, a parte, el cacique dijo a su indio si había hecho lo que le mandó, y dijo que si creía que maliciosamente la carta no quería hablar sino con los cristianos, y que ella había dicho a su amo lo que le había el indio preguntado; por lo cual, el cacique, de temor de esto, huyó y se alzó. Desde a pocos días fue preso, y preguntándole la causa porqué se había huído, pues que no se le había hecho sinrazón ni mal tratamiento alguno, dijo que él sabía que la carta le había dicho lo que su indio le había preguntado a la carga, y que aquel indio era bellaco, porque el cacique no se lo había mandado, y que él lo había muerto después para lo castigar, y que él sería bueno; dando a entender que él creía que la carta había dicho por donde a él viniese daño. El que esta experiencia hizo, fue el capitán Gonzalo de Badajoz, el cual le dijo al cacique que la verdad era que la carta se lo había dicho todo y él lo sabía, y que las cartas todo lo entienden cuanto se conseja o se trata contra los cristianos, y ellos les tienen mandado que ellas no hablen con los indios ni les descubran ningún secreto. Y así se lo creyó este cacique, y de astuto, el capitán quiso dejarle en esta sospecha.

En las cosas de la guerra he visto de esta gente que se precian mucho; y cuando salen en campo, llevan caracoles grandes hechos bocinas que suenan mucho, y también tambores, y muy hermosos penachos, y algunas armaduras de oro en los pechos, y patenas y brazales, y otras piezas en las cabezas y otras partes de la persona; y de ninguna manera tanto como en la guerra se precian de parecer gentiles hombres e ir lo más bien aderezados que ellos pueden. De estos

caracoles grandes se hacen unas cuentecitas blancas de muchas maneras, y otras coloradas, y otras negras, y otras moradas, y cañuticos de lo mismo; y hacen brazaletes en que con estas cuentas mezclan otras, y olivetas de oro que se ponen en las muñecas, y encima de los tobillos, y debajo de las rodillas, por gentileza; en especial las mujeres que se precian de sí y son principales, traen todas estas cosas en las partes que he dicho, y a las gargantas, y llaman a estos sartales, cachira, y a las cosas de esta manera.

Traen asimismo zarcillos de oro en las orejas, y horádanse las narices, hecho un agujero entre las ventanas, y cuelgan de allí, sobre el labio alto, otro zarcillo, o se ponen allí un palillo de oro tan grueso como una péñola de escribir. Algunos indios se tresquilan, puesto que comúnmente ellos y ellas tienen buen cabello, muy llano y negro, y se precian de ello; y las indias lo traen luengo hasta la mitad de las espaldas, y bien cortado, igualmente, y por encima de las cejas; y en lugar de tijeras tienen navajas de pedernales que cortan como buenas tijeras.

Dicho tengo que los indios tienen los cascos de la cabeza gruesos, he mirado en ello muchas veces y es así verdad, que es cuatro tanto grueso el casco de un indio que el de un cristiano; y así por esto, cuando pelean con ellos los cristianos, tienen aviso en no darles cuchilladas en la cabeza, porque se han visto quebrar muchas espadas, porque de más de ser grueso el casco, es muy recio en sí.

Asimismo he visto y notado de estos indios de Cueva, que cuando van a camino y se cansan, conocen que les sobra sangre; y para descansar, ellos mismos se sajan las piernas y los brazos con ciertos pedernales delgados que traen consigo que para este efecto; y algunas veces hacen estas sangrías con colmillos de víboras muy delgados, o con unas cañuelas.

También he dicho de sus pinturas de la bija y de la jagua y de otras maneras, así en guerra como en paz, ellos y ellas; pero en especial en la guerra se acostumbran a pintar más a menudo los indios, y les parece que no es hombre militar el que no lo hace. Algunos quieren decir que no es solamente por la gala tal pintura, sino porque se hallan más sanos pintándose con tales cosas; y por eso no dejan de usar de tales pinturas perpetuas, que no duran menos que sus vidas, ni se les acaban sino con pudrirse la carne pintada. Y esta tal pintura úsanla de dos maneras: la una es como marca en cierta forma, y con esta tal, hierran al paco, que quiere decir esclavo; la otra es por gentileza, que significa gala y

libertad. Y cada una de éstas se ponen en lugares deputados en la persona; porque en la cara, de la boca abajo, aunque alcance a las orejas, y en los brazos y pecho, es gala de hombres y mujeres libres, y de la boca arriba, en la cara, es captiverio. Y aquella señal, que traen los libres vasallos y criados y aceptas personas al señor, son de una manera, tan justamente, sin tener uno más que otro, que no parece sino que, por estampa, está hecho de molde. Y en aquella pintura no menguan ni crecen, porque, como he dicho, es devisa o como una librea conocida del tiba o queví en cuyo señorío y obediencia viven los que así están pintados. Y el mismo saco o tiba o príncipe trae la misma pintura; la cual pintura o devisa escoge el señor cuando hereda la casa y estado, y la hace diferente de la que usó su padre, para que se conozca cuáles sirvieron al uno y cuáles al otro. Otros hay que aunque heredan la casa no mudan la devisa que su padre tenía; y por esta causa los que han de heredar, no se pintan, porque tienen esperanza de mudar la devisa y tomar la que les pareciere. Y estos tales son siempre odiosos a sus padres, porque no se pintan de su devisa, y los que toman la marca o devisa del padre en sus días, quiérelos mucho; y después no la puede mudar ni menguar ni crecer en ella, porque lo tendrían por malo y mentiroso a su padre y no le darían crédito en nada.

A estas gentes tampoco les falta plaga o cojijos que los molestan y produce la natura, para que entiendan cuán pequeñas y viles cosas son bastantes para los ofender e inquietar y dar enojo. De lo cual, el hombre de razón debe considerar su poco ser, para no descuidarse del oficio principal para que fué formado, que es conocer a su Hacedor, dándole continuas gracias de los beneficios recibidos, y andar por el camino derecho de su salvación, pues tan abierta y clara tienen la vía los cristianos todos que quieren abrir los ojos del entendimiento a conocer su Hacedor. Y aunque algunas cosas de éstas sean asquerosas o no tan limpias para oír como otras, no son menos dignas de notar, para sentir las diferencias y varias operaciones de la natura por la dispensación del Maestro de ella. Ved la soberbia del león, y la fortaleza del elefante, y la crueldad del tigre, y la ponzoña de la víbora y del áspide, y cómo cualquier mosca o mínimo mosquito los enoja y molesta. Y así, entre los otros trabajos que a los hombres en Tierra Firme molestan e inquietan en muchas partes por donde pasan por los campos, hay uno inevitable para dejar de incurrir en él; y es que, a causa de haber muchas aguas, o andan en piernas, o con zarahuelles arremangados, y péganseles de las hierbas,

tantas garrapatas, que les cubren las piernas, y tan chiquitas, que la sal molida es poco más menuda; y después que están llenos de esta mala compañía y llegan donde han de parar a descansar aquella noche, en ninguna manera se las pueden quitar ni despegar de las carnes, sino untándose con aceite; y después que un rato están untadas las piernas o partes donde las tienen, se mueven y engruesan algo, y ráenlas con un cuchillo, y así las quitan los cristianos; pero los indios, que no tienen aceíte chamúscanlas con pajas ardiendo, y sufren mucho trabajo para se las quitar. Y de esto queda, en cualquier manera que las quiten, tanto escocimiento donde han estado, que no se olvida ni deja de dar pena ese día y algunos más; y en la jornada que las ha traído el hombre a cuestas, no pudo ser sin grande enojo sin lo poder excusar. Y estas garrapatas no se ha de entender que las topan en todas partes; pero acaece hartas veces lo que es dicho. Son los indios grandes maestros de hacer sal del agua de la mar, y tan diestros, que no pienso yo que les hacen ventaja los que en tal ejercicio entienden en el Dique de Jelanda, cerca de la villa de Mediolburque[6]; porque la de los indios es tan blanca cuanto puede ser la nieve, y es mucho más fuerte, y no se deshace tan presto como la que he dicho. Yo he visto muy bien la una y la otra, y la he visto hacer a los unos y a los otros, y he comido de ambas. Cuando los indios no tienen guerra, todo su ejercicio es tratar a trocar cuanto tienen unos con otros; y así, de unas partes a otras, los que viven en las costas de la mar o por los ríos, van en canoas a vender de lo que tienen complimiento y abundancia, y a comprar de lo que les falta. Y asimismo tratan por la tierra, y llevan sus cargas a cuestas de sus esclavos: unos llevan sal, otros maíz, otros mantas, otros hamacas, otros algodón hilado o por hilar, otros pescados salados; otros llevan oro (al cual, en la lengua de Cueva llaman irabra). En fin aquello que les falta a los indios, es lo que más estiman, y aun algunos venden los propios hijos y todas estas cosas y otras se dan unas a trueco de otras, porque no tienen moneda ni cierto precio, y así acaecen, en esta manera de cambiar, muchos engaños, y que se dan cosas que valen poco; por las que valen mucho más.

En la provincia y puerto del Cenú (que un tiempo fué de esta gobernación de Castilla del Oro, y ahora es de la de Cartagena), el año de mil y quinientos y quince, fueron allí ciertos capitanes y gente por mandado del gobernador Pedrarias Dávila, y hallaron muchos cestos (del tamaño de aquellos que se llevan de la montaña y de Vizcaya a Castilla con besugos), los cuales estaba llenos de

cigarras y grillos y langostas de las que saltan; y decía los indios que fueron allí presos, que tenía aquellos cestos para llevarlos a otras tierras y partes, dentro de la tierra y lejos de la mar, donde no tienen pescado y se estima mucho aquel majar, para lo comer, y les dan por ello oro y otras cosas, de que esos otros tienen penuria y necesidad, con que vuelven cargados a sus casas.

Esta provincia de Cueva, en todas las partes que se habla su lengua, es tierra templada, y en sus tiempos ordenados llueve, porque hace invierno y verano; pero al contrario que en España, porque en Castilla lo más recio del invierno es diciembre y enero, así en hielos como en pluvias y fríos, y el tiempo de más calor es el de Sanct Joan y adelante en julio y agosto; y por el opósito en Cueva y Castilla del Oro el verano y tiempo más enjuto y sin aguas es por navidad y un mes antes y otro después, y aun parte de febrero; y el tiempo de las aguas es por San Juan, y un mes antes y otro mes o mes y medio después. Y aquello llaman los españoles invierno en aquella tierra, no porque entonces haya más frío ni por diciembre más calor: antes el tiempo todo el año es cuasi de una manera; pero porque en aquella sazón de las aguas no se ve el sol así ordinariamente y la gente anda más encogida, y sin que haya frío les parece tiempo frío, obscuro y menos apacible. Verdad es que en las montañas o sierras no deja de haber frío, y sabe bien la compañía del fuego; y los indios y aun los cristianos ponen brasa debajo de las hamacas de noche y se cubren con mantas de algodón para dormir

[...]

Y así con el ludir o fletar de los tres palillos encienden fuego; pero no traen aquel palo liso, para torcerle sobre los dos que están en tierra, sino de lo mismo son todos tres, y se enciende mucho bien, y de cualesquier maderas, con tanto que buscan las más ligeras para ello, por menar menos en lo sacar, y que esas no sean huecas.

De las niguas y de la enfermedad de las bubas, de que se trató en el libro II, capítulo XIV, digo que esta enfermedad es muy común en todas las partes de la Tierra-Firme, y en algunas hay palo guayacán, con que se curan, é con hierbas y otras maneras de medicinas, que aún no son bien entendidas de los christianos, y la pasión de las niguas así se cura, como se dijo en el lugar alegado [...]

Porque los capítulos prolijos cansan a los lectores que son de arremetida, diré en el siguiente otras particulares de otras cosas notables de esta gobernación de Castilla del Oro. Y dije lectores de arremetida, porque son como unos caballos

que para ruar o remeterlos en una calle o corta carrera parecen bien y pasan; pero para pelear y seguir al campo y la guerra no valen si no son suficientes. El que ha de leer no se ha de cansar ni dejar imperfecta la materia, ni puede entender cumplidamente el intento del autor, ni la traza y orden del libro, ni ver como cuadra con el título, si lee un capítulo é falta delante otros muchos; ni puede juzgar cosa de alguna derechamente el que algunos artículos o partes dejase de examinar en el volumen del proceso. Y los que leen de arremetida, como digo, no son los que saber desean, ni a quien aprovecha el estudio, sino los que están embarazados con otros cuidados, para olvidar aquél, o para volver al mismo, toman un libro en la mano, con que duerman o arrullen, buscando el sueño. Y a los tales también se les pasa la vida soñando.

Fuente: GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO Y VALDÉS, *Historia General y natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano*, 5 vols., Madrid, 1959. Vol. III, pp. 321-326, 327-329. Libr. XXIX, Cap. 28.

---

[5] Embriagados.

[6] Middleburg, en Zelanda.

3. Gulungos, pericos ligeros y otras curiosidades de la Tierra Firme

Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés

Perico ligero

Perico ligero es un animal el más torpe que se puede ver en el mundo, y tan pesadísimo y tan espacioso en su movimiento, que para andar el espacio que tomarán cincuenta pasos, ha menester un día entero. Los primeros cristianos que este animal vieron, acordándose que en España suelen llamar al negro Juan Blanco porque se entienda al revés, así como toparon este animal le pusieron el nombre al revés de su ser, pues siendo espaciosísimo, le llamaron ligero.

Éste es un animal de los extraños, y que es mucho de ver en Tierra-Firme, por la desconformidad que tiene con todos los otros animales. Será tan luengo como dos palmos cuando ha crecido todo lo que ha de crecer, y muy poco más de esta mesura será si algo fuere mayor; menores muchos se hallan, porque serán nuevos; tienen de ancho poco menos que de luengo, y tienen cuatro pies, y delgados, y en cada mano y pie cuatro uñas largas como de ave, y juntas; pero ni las uñas ni manos no son de manera que se pueda sostener sobre ellas, y de esta causa, y por la delgadez de los brazos y piernas y pesadumbre del cuerpo, trae la barriga casi arrastrando por tierra; el cuello de él es alto y derecho, y todo igual como una mano de almirez, que sea de una igualdad hasta el cabo, sin hacer en la cabeza proporción o diferencia alguna fuera del pescuezo; y al cabo de aquel cuello tiene una cara casi redonda, semejan mucho a la de la lechuza, y el pelo propio hace un perfil de sí mismo como rostro en circuito, poco más prolongado que ancho, y los ojos son pequeños y redondos y la nariz como de un monico, y la boca muy chiquita, y mueve aquel su pescuezo a una parte y a otra, como atontado, y su intención o lo que parece que más procura y apetece es asirse de árbol o de cosa por donde se pueda subir en alto; y así, las más veces que los

hallan a estos animales, los toman en los árboles, por los cuales, trepando muy espaciosamente, se andan colgando y asiendo con aquellas luengas uñas. El pelo de él es entre pardo y blanco, casi de la propia color y pelo del tejón, y no tiene cola. Su voz es muy diferente de todas las de todos los animales del mundo, porque de noche solamente suena, y toda ella en continuado canto, de rato en rato, cantando seis puntos, uno más alto que otro, siempre bajando, así que el más alto punto es el primero, y de aquél baja disminuyendo la voz, o menos sonando, como quien dijese, la, sol, la, mi, re, ut; así este animal dice, ah, ah, ah, ah, ah, ah. Sin duda me parece que así como dije en el capítulo de los encubertados, que semejantes animales pudieran ser el origen o aviso para hacer las cubiertas a los caballos, así oyendo a aqueste animal el primero inventor de la música pudiera mejor fundarse para le dar principio, que por causa del mundo; porque el dicho perico ligero nos enseña por sus seis puntos lo mismo que por la, sol, fa, mi, re, ut se puede entender.

Tornando a la historia, digo que después que este animal ha cantado, desde a muy poco de intervalo o espacio torna a cantar lo mismo. Esto hace de noche, y jamás se oye cantar de día; y así por esto como porque es de poca vista, me parece que es animal nocturno y amigo de oscuridad o tinieblas.

Los nidos del pájaro loco [gulungo o mochilero][7]

Unos pájaros hay, que los cristianos llaman locos por les dar el nombre al revés de sus efectos, como suelen nombrar otras cosas, según atrás queda dicho, porque en la verdad ninguna ave de las que en aquellas partes yo he visto muestra ser más sabia y astuta ni de tal distinto natural para criar sus hijos sin peligro.

Aquestas aves son pequeñas y casi negras, y son poco mayores que los tordos de acá; tienen algunas plumas blancas en el cuello, y traen la diligencia de las picazas; pero muy pocas veces se posan en tierra, y hacen sus nidos en árboles desocupados o apartados de otros, porque los gatos monillos acostumbran irse de árbol en árbol y saltar de unos a otros, y no bajar a tierra, por temor de otros animales, sino es cuando han sed, que bajan a beber, en tiempo que no puedan

ser molestados. y por eso estas aves no quieren ni suelen criar sino en árbol que esté algo lejos de otros, y hacen un nido tan luengo o más que el brazo de un hombre, a manera de talega, y en lo bajo es ancho, y hacia arriba de donde está colgado, se va estrechando y hace un agujero por donde entran en aquella talega, no mayor de cuanto el dicho pájaro puede caber; y porque, en caso que los gatos suban a los árboles donde aquestos nidos están, no les coman los hijos, tienen otra astucia grande, y es que aquellas ramas y pajas o cosas de que hacen estos nidos son muy ásperas y espinosas, y no las puede tomar el gato en las manos sin se lastimar; y están tan entretejidos y fuertes, que ningún hombre los sabría hacer de aquella manera; y si el gato quiere meter la mano por el agujero del dicho nido para sacar los huevos o los hijos pequeños de estas aves, no los puede alcanzar ni llegar al cabo, porque como es dicho, son luengos más de tres palmos o cuatro, y no puede el brazo del galo alcanzar al suelo del nido.

Hacen otra cosa, y es que en un árbol hay muchos nidos de estos. y la causa por qué hacen muchos de estos pájaros sus nidos en un mismo árbol debe ser por una de dos cosas, o porque de su natura sean sociables y amigos de compañía de su misma ralea o casta, como los Aviones[8], o porque si por caso los gatos subieran al árbol donde crían haya diversos o muchos nidos en que se determine la ventura del que ha de ser molestado del gato, y haya más cantidad de pájaros y los mayores de ellos que hagan la vela por todos, los cuales, en viendo los gatos, dan grandes gritos.

El guanábano

El guanábano es un árbol muy grande y hermoso en la vista, y alto, y las ramas de él derechas, y la hoja de él de larga y ancha fación y fresco verdor, y hace unas piñas, o fruta que lo parecen, tan grandes como melones, pero prolongadas, y por encima tiene unas labores sutiles que parece que señalan escamas, pero no lo son ni se abren; antes cerrada en torno, está toda cubierta de una corteza del gordor de cáscara de melón, o algo menos, y de dentro está llena de una pasta como manjar blanco, salvo que aunque es tan espesa, es aguanosa y de lindo sabor templado, con un agrio suave y apacible, y entre aquella carnosidad tiene unas pepitas mayores que las de la cañafístola, y de aquella color y casi tan

duras; y aunque un hombre se coma una guanábana de éstas que pese dos o tres libras y más, no le hace daño ni empacho en el estómago, y es muy templada y de hermosa vista; solamente se deja de comer de ella aquella corteza delgada que tiene y las pepitas; y hay algunas que son de cuatro libras y más, y si la tienen empezada, aunque esté algunos días no se torna de mal sabor, salvo que se va enjugando y consumiendo en parte, destilándose la humedad y agua de ella estando descentada, y las hormigas luego vienen a la que está partida, y por esto nunca la comienzan sino para acabarla; y hay muchas de estas guanábanas así en las islas como en la Tierra-Firme.

Guayaba

El guayabo es un árbol de buena vista, y la hoja de él casi como la del moral, sino que es menor, y cuando está en flor huele muy bien, en especial la flor de cierto género de estos guayabos; echa unas manzanas más macizas que las manzanas de acá, y de mayor peso aunque fuesen de igual tamaño, y tienen muchas pepitas, o mejor diciendo, están llenas de granitos muy chicos y duros, pero solamente son enojosas de comer a los que nuevamente las conocen, por causa de aquellos granillos; pero a quien ya la conoce es muy linda fruta y apetitosa, y por de dentro son algunas coloradas y otras blancas; y donde mejores yo las he visto es en el Darién y por aquella tierra, que en parte de cuantas yo he estado de Tierra-Firme; las de las islas no son tales, y para quien la tiene en costumbre es muy buena fruta, y mucho mejor que manzanas.

Perales, es decir aguacates

En Tierra Firme hay unos árboles que se llaman perales, pero no son perales como los de España, mas son otros de no menos estimación; antes son de tal fruta, que hacen mucha ventaja a las peras de acá. Éstos son unos árboles grandes, y la hoja ancha y algo semejante a la del laurel, pero es mayor y más verde. Echa este árbol unas peras de peso de una libra, y muy mayores, y algunas de menos; pero comúnmente son de a libra, poco más o menos, y la color y talle es de verdaderas peras, y la corteza algo más gruesa, pero más blanda, y en el

medio tiene una pepita como castaña injerta, mondada; pero es amarguísima, según atrás se dijo del mamey, salvo que ésta es de una pieza, y la del mamey de tres, pero es así amarga y de la misma forma, y encima de esta pepita hay una telica delgadísima, y entre ella y la corteza primera está lo que es de comer, que es harto, y de un licor o pasta que es muy semejante a manteca y muy buen manjar y de buen sabor, y tal, que los que las pueden haber las guardan y precian; y son árboles salvajes así éste como todos los que son dichos, porque el principal hortelano es Dios, y los indios no ponen en estos árboles trabajo ninguno.

Con queso saben muy bien estas peras, y cógense temprano, antes que maduren, y guárdanlas, y después de cogidas, se sazonan y ponen en toda perfección para las comer; pero después que están cuales conviene para comerse, piérdense si las dilatan y dejan pasar aquella sazón en que están buenas para comerlas.

Fuente: GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO Y VALDÉS, *Sumario de la natural historia de las Indias*, Toledo, 1525; Bogotá, 1995.

---

[7] Son oropéndolas, del género *psarocolius*.

[8] Una especie de vencejos.

4. Enciso lee el requerimiento a los indios del Sinú y estos le dan una ingeniosa respuesta

Martín Fernández de Enciso

El Requerimiento

Yo requerí de parte del rey de Castilla á dos caciques de estos del Cenú que fuesen del rey de Castilla y que les hacía saber cómo había un solo Dios que era trino y uno, gobernaba al cielo y á la tierra y que este había venido al mundo y había dejado en su lugar á San Pedro: y que San Pedro había dejado por sucesor en la tierra al Santo padre que era Señor de todo el mundo universo en lugar de Dios, y que este Santo padre como Señor del universo había hecho merced de toda aquella tierra de las Indias y del Cenú al rey de Castilla y que por virtud de aquella merced que el Papa le había hecho al rey les requería que ellos le dejasen aquella tierra pues le pertenecía y que si quisiesen vivir en ella como se estaban, que le diesen la obediencia como á su Señor y que le diesen en señal de obediencia alguna cosa cada año y que esto fuese lo que ellos quisiesen señalar y que si esto hacían que el rey les haría mercedes y les daba ayuda contra sus enemigos y que pondría entre ellos frailes y clérigos que les dijesen las cosas de la fe de Cristo, y que si algunos se quisiesen tornar cristianos que les haría mercedes y que los que no quisiesen ser cristianos que no los apremaría á que lo fuesen sino que se estuviesen como se estaban y respondieronme: que en lo que decía que no había sino un Dios y que este gobernaba el cielo y la tierra y que era Señor de todo, que les parecía bien y que así debía de ser: pero que en lo que decía que el papa era señor de todo el universo en lugar de Dios y que el había hecho merced de aquella tierra al rey de Castilla, dijeron que el Papa debiera de estar borracho cuando lo hizo, pues daba lo que no era suyo, y que el rey que pedía y tomaba tal merced debía de ser algún loco pues pedía lo que era de otros, y que fuese allá á tomarla que ellos le pondrían la cabeza en un palo como tenían otras que me mostraron de enemigos suyos, puestas encima de sendos palos en el

lugar; y dijeron que eran señores de su tierra y que no habían menester otro Señor y yo les torné a requerir que lo hiciesen sino que les haría guerra y les tomaría el lugar y que mataría á cuantos tomase ó los prendería y vendería por esclavos y respondieronme que ellos me pondrían primero la cabeza en un palo y trabajaron por lo hacer, pero no pudieron porque les tomamos el lugar por fuerza aunque nos tiraron infinitas flechas, y todas hervoladas y nos hirieron dos hombres con yerba y entrambos murieron de la yerba aunque las heridas eran pequeñas, y después prendí yo en otro lugar á un cacique dellos que es el que dije arriba que me había dicho de las minas de Mocri y hallélo hombre de mucha verdad y que guardaba la palabra, y que le parecía mal lo malo y bien lo bueno.

Fuente: MARTÍN FERNÁNDEZ DE ENCISO, *Suma de geografía*, Sevilla, 1519.

5. Pedro Serrano y sus trabajos de ocho años después de naufragar cerca a San Andrés (1528-1536)

Maese Juan (Juan Maestre)

Sobre este incidente hay varios relatos: la fuente original, que es una narración hecha por «Maese Juan» entregada hacia 1540 a Carlos V, que se copia en seguida, y varias versiones y transcripciones: la de Garcilaso de la Vega en 1609, algo más literaria, en la que el personaje se llama, como probablemente era su nombre real, Pedro Serrano [...]. Hay también una versión de Antonio de Herrera, en 1615 [...]. Ya a fines del siglo XIX, Manuel Uribe Ángel escribió la novelita La Serrana*, siguiendo expresamente a Garcilaso, con un protagonista y narrador al que llama Tío Castillejo. Un segundo narrador, Bartolomé Camacho, sirve para las historias del demonio, que provienen del relato original, y termina enfrentado a Serrano: la herencia española lleva a la violencia y a la guerra civil en una isla de dos personas. Fue publicado en el* Papel Periódico Ilustrado *en 1885 y 1866, con una interrupción por la pérdida del manuscrito. Evidentemente Uribe conocía las dos versiones canónicas: la de Maese Juan, que había sido publicada completa en 1832, y la de Garcilaso.*

El texto de la relación de Maese Juan o Juan Maestre, tomado del manuscrito, lo publicó Martín Fernández de Navarrete en 1832 y fue republicado por Cesáreo Fernández Duro.

Señor:

Por hacer lo que vuestra merced me mandó me dispuse a darle cuenta de mi perdición, y si acaso no fuere tan bueno el estilo como mi voluntad para servir a vuestra merced, esta supla, y la falta que tengo de leer y escribir.

Salí de Santo Domingo, sábado, víspera de Ramos del año de mil y quinientos y veinte y ocho años[9], en la nao de Pedro de Cifuentes, de que era maestro y

piloto un fulano por sobrenombre Portogalete; seguíamos nuestro viaje para el pueblo de Higuey, a cargar de bastimentos para la fortaleza de la Margarita[10], porque la nao en que iba llevaba tiros y pólvora y municiones para la dicha fortaleza. Tocamos en la isla de San Juan en el Puerto Rico, y allí estuvimos cinco días, y de allí tornamos a proseguir nuestra derrota, y en el día siguiente tomamos otro puerto en la isla de Santa Cruz, para abastecernos de agua; allí salieron a nosotros dos canoas de guerra con sesenta indios, pocos más o menos, en cada una de las canoas, con sus arcos y flechas, y por respeto que aquellos indios tienen muy ponzoñosa yerba, nos hicimos a la vuelta de la mar y ellos vinieron a nuestro seguimiento dos leguas, y así los dejamos y tornamos a seguir nuestro viaje.

Los vientos fuéronnos muy escasos; a cabo de cinco días llegamos a la isla de Piritu[11] que está treinta leguas a sotavento de las Perlas, y nuestro piloto no pudo reconocer la tierra y hízonos correr a la vuelta del Oeste, costeando la Tierra Firme, y así llegamos a la isla de Guaimacaran, porque la falta del agua nos fatigaba; no la hallamos en esta isla y tornamos a tomar la Tierra Firme en un puerto en que estaba un pueblo de indios de guerra, y estábamos metidos en un ascondón[12], do estuvimos toda una noche.

Y otro día en amaneciendo salieron a nosotros once canoas de guerra con sus arcos y flechas enervadas[13], y abordaron con el navío pidiéndonos hachas, y un hombre de nosotros que se llamaba Bautista, genovés, pensando que eran de paz, se metió en una canoa, y ellos, visto el dicho Bautista en sus canoas, se desabordaron y se hicieron brevemente a lo largo de nosotros hacia la tierra, y yo tomé un arcabuz y le henchí de pedernales y tíreles un tiro, después de ellos habemos tirado muchas flechas, y maté al principal de los indios y otros dos, y ellos con el temor del tiro se echaron al agua mucha parte de ellos, y los unos nadando y los otros en las canoas, en poco espacio fueron en tierra, y hasta hoy del dicho Bautista no se ha sabido nada.

De allí nos partimos y fuimos a un puerto despoblado, e hicimos nuestra aguada a la boca de un río de allí. Visto que el piloto no se entendía, ni tenía conocimiento de donde estaba, acordamos de nos tornar para Santo Domingo, de donde habíamos salido, y fuimos a dar en la isla de Aruba, que es del factor de Santo Domingo[14], y allí se salió el piloto y maestro, que todo lo era el dicho Portogalete, y se nos huyó por ver el mal aparejo que de bastimento había en el

navío, y la mala cuenta que de si había dado; y nosotros, visto que no podíamos haber al dicho piloto, nos fuimos la vía de Santo Domingo sin ningún remedio de persona que nos pudiese bien encaminar, porque todos éramos novicios en el arte de la mar.

En el medio del golfo, un sábado en la noche, a media noche, dionos un temporal que nos llevó ambos los mástiles de la nao con todas las velas, a la mar, y el navío se abrió de manera que mucha agua entraba en él; corrimos a popa, para donde los vientos y la mar nos llevaba, y a cabo de seis días, miércoles en la noche, dimos en el bajo de la Serrana[15], sin hasta entonces haber abonanzado aquella tempestad, y no veíamos la isla por ser tan chica, y estando así el navío haciéndose pedazos en el bajo, vimos blanquear el arena.

Tuve acuerdo de tomar un cuerno de pólvora que en mi capa tenía, y un eslabón en la boca, y así me eche a la mar y nadé hasta llegar a la isla, y puesta la pólvora y eslabón en tierra, torné al navío a ver si podría mi socorro aprovechar a alguno, y de que llegué al navío, que estaba echo cuatro pedazos, y toda la gente en un pedazo, tomé los cabos que hallé de las amarras, y atados uno en otro hice un cabo largo, y con él me vine a tierra, y por el dicho cabo vinieron todos a tierra, y con la creciente de la noche llevó la mar el navío de suerte que otro día en amaneciendo no le vimos. Del navío no se pudo sacar sino la pólvora que digo, y el eslabón, y por falta de pedernal, que no le pude sacar, comimos casi dos meses carne cruda, y bebimos sangre de lobos marinos y cuervos que a la isla venían.

Visto por algunos que aquella vida era estéril, cual vuestra merced aquí verá, aunque no como ella lo era, determinaron de hacer una balsa, y la hicimos todos de algunos maderos que la mar había traído a la isla, y atados con cueros de lobos y cuerdas de los dichos lobos, se metieron tres de ellos en la balsa y quedamos tres, dos hombres y un mozo; a cabo de cuatro días que los de la balsa se partieron, el uno de los tres que quedamos, que se llamaba Moreno, de Málaga, visto no haber agua, ni lumbre, y era por el mes de Agosto, que hasta entonces nos habíamos detenido en lo que arriba digo, se empezó a comer por los brazos, y de algunos bocados que se dio murió como rabiando.

Yo, viendo que los compañeros eran partidos, y el otro muerto, y que sólo el muchacho me quedaba por compañero, acordé de buscar algún remedio como pudiese sustentarme, y comencé con huesos de tortugas a cavar en algunas partes

de la isla viendo si abría agua, y por ser la tierra poca, y en medio del golfo, en todas partes la hallaba tan salada como el agua de la mar; y esta agua, mezclada algunas veces con la sangre de los lobos, la bebía, y en este tiempo no llovió jamás, para que del agua del cielo me pudiese aprovechar; acordé para si lloviese hacer algunos hoyos en la arena, y tome muchas pieles de lobos y forré aquellos hoyos, y cuando fue Dios servido que lloviese, que fue por el mes de Octubre, cogía en aquellos hoyos alguna agua, y en algunos caracoles de los de la mar, que allí llamamos cuvos[16]; el agua de los hoyos duraba muy poco porque se consumía en el arena. Cuando llovió, con el deseo que tenía de beber, metime de calidad en el agua y hartábame de tal suerte que me tullía de piernas y brazos, y el remedio que le hallaba era mezclarla con la sangre.

Desde entrado en la isla estuve dos meses sin fuego, y visto que el invierno venía y que no pudiera sustentarme sin fuego, acordé de hacer una balsa, no mayor que para que me pudiese sostener, y fui adonde el navío estaba perdido, digo donde perdiera, e hice una ancla de una piedra para atar la balsa en braza y media de agua de hondura, y capuzándome [17] algunas veces hallé un guijarro con el cual hice fuego, y estaba ya tal que la misericordia de Dios y el fuego me restituyó la vida, y el muchacho que conmigo estaba, estaba tal que yo de temor que se me muriese, y el de verme tal, estábamos harto temerosos de perder el uno a el otro, porque en esto estaba cierta la muerte del que quedase vivo.

Después que tuve lumbre, todas las noches hacía fuegos, porque si por allí fuese algún navío nos pudiese ver por las lumbres, y en una isla muy pequeña, que es en la que yo estaba, a dos leguas de mí a barlovento, que estaban dos hombres de otro navío que se había perdido, los cuales viendo las lumbres se vinieron en una balsa a donde yo estaba, los cuales estuvieron conmigo cinco años.

En este tiempo acordamos de hacer un barco con algunos maderos que la mar traía, y a nado tomábamos los maderos, e hicimos nuestro barco de esta manera: yo hice con los compañeros una fragua, y los fuelles de pieles de lobos, y en la parte donde el navío se perdió hice una sierra con algunas cosas de hierro que llevábamos para la iglesia de Cubagua, de las cuales hicimos clavos, y hecho nuestro barco con sus velas de cueros de lobos curadas lo mejor que pudimos, nos embarcamos los dichos mis compañeros y yo y el muchacho, y nos partimos pensando poder pasar a la isla de Jamaica; y yo, como en la mar me vi, y que

este barco era de pedazos y sin brea, sino untado con untos de lobos tiznado de carbón, pensé luego que era imposible salvarnos en él, e hice que arribasen a tierra, y salimos uno de los compañeros de la otra isla y yo, y el otro y el muchacho que conmigo estaba se fueron, los cuales hasta hoy no se ha sabido nueva de ellos, y los tiempos les fueron adversos.

De que así mi compañero y yo nos vimos hicimos algunos barquillos de cueros de lobos, y con ellos corrimos todo aquel bajo, que son doce leguas de largo y todo de muy gran bajío, cuanto el en lo más hondo no hay más de una braza de agua; en estos bajos hay diez y siete islas pequeñas que la mar las baña, si no son en cinco de ellas; de esto he yo dado aviso en Sevilla al piloto mayor de Su Majestad, porque es muy necesario para la guarda de las naos, y a Francisco Gutiérrez, que hace las cartas de marear[18], héle mostrado como podrán pasar si acaso con fortuna se hallasen entre estas islas, porque hay tres pasos por donde pasen, en los cuales hay ya cinco brazas, porque desde nuestros barcos de cueros tomamos el fondo por todo, de isla en isla, por ver si halláramos algunos pedazos de navíos perdidos, y nunca hallamos nada.

Comíamos de aquellos huevos de tortugas que hallábamos por aquellas islas, y lobos marinos, que era el mismo manjar de la nuestra. Nuestro dormir vestidos era en los mismos cueros; algunas veces nos estábamos un mes y más por estas otras islillas sin venir a la nuestra.

En esto acordamos mi compañero y yo de hacer dos torreones, uno a la banda del Sur y otro a la del Norte, de piedra seca, sin otro betumen, que tenían cada uno de ellos diez y seis brazas en torno y cuatro de alto, con sus escaleras, y de allí nos subíamos a divisar la mar; en la una poníamos leña y otras cosas para hacer humada para que fuésemos vistos de algún navío que acaso pasase. Hicimos un estanque de veinte y dos brazas de pared, para tomar pescado, y esta piedra de que se hizo este estanque la sacábamos de la mar, porque en la isla no había sino arena; también sacamos piedra, de la cual hacíamos cal; hicimos una casa cubierta de cuero, donde nos acogíamos, y nuestro vestido y ropa para dormir, era de cueros de lobos, y en los cinco meses del año sacábamos del arena, junto a la mar, huevos de tortugas, los cuales secábamos y aderezábamos de manera que los comíamos; en estos hallábamos buen bastimento para el invierno; algunas veces comíamos de los cuervos que venían allí, y cuando no, otras cosas no las había sino unas raíces de una yerva que parecía casi verdolaga.

A cabo de tres años que los otros se fueron, que eran ya ocho de nuestra vivienda allí, permitió Dios que su misericordia nos socorriese, y un día, víspera del señor San Mateo[19], a ora de medio día, vimos venir una nao a la vela, e hicimos una humada en uno de nuestros torreones, muy grande, y como los de la nao nos vieron echaron el batel fuera y saltó el maestro y marineros en tierra, y tomó con su escribano por testimonio lo que vio. Este maestre, que se llama Juan Bautista, Ginoves[20], era vecino de Triana.[21]

De allí venimos a la Habana, donde quiso Nuestro Señor que estuviese el adelantado don Pedro de Alvarado[22], mi señor, el cual vio nuestra manera de atavío, y luego del maestre fue informado de nuestra vida, el cual nos recibió por suyos y nos proveyó de lo necesario, y sostiene al otro en las Indias, y a mí en España. Como vuestra merced ve no va tan por extenso como quisiera, porque la memoria de todo era imposible tenerla otra que sin escribirlo como lo pasaba fuese. Reciba vuestra merced mi voluntad que para servirle tengo, y la memoria que para esto tendrá donde quiera que esté.

Besa las manos de vuestra merced,
MAESE JUAN

Una cosa se me olvidó, y es que lo que más pena y tormento nos daba eran cangrejos y caracoles de la mar, que de noche no nos podíamos valer de ellos, y con sacos de cuero que hicimos nos librábamos; y el más del tiempo hacíamos de la noche, día y del día, noche, y estando cansados de la sed, que había tres días que no habíamos bebido, y a esta causa no nos hablábamos uno a otro, sino cada uno por su parte rezando, y yo estaba asentado a la sombra de nuestra casilla, haciendo un anzuelo, estándome quejando de Nuestro Señor, diciendo que había ocho años que estaba desnudo y descalzo en aquel desierto en que no había ningún mantenimiento, y que bien fuese servido de me sacar de este mundo a tierra de cristianos, y con aquella pasión dije: pues que Dios no me quiere sacar, sáqueme el diablo, y así acabare mi vida; y a la noche me levanté a orinar, y vílo pegado en la casilla, de una forma peor de la que con que le pintan, con una nariz muy roma, y echando por la nariz como humo, y por los ojos fuego, y los pies como grifo, y las alas como de murciélago, y las piernas propias

de hombre, y los cabellos muy negros, con dos cuernos no muy grandes; llamé al compañero, que estaba echado en la casilla, y tomamos una cruz que tenía hecha de cedro; con aquella corrimos toda la isla y nunca más vimos nada, sino que después de ahí a quince días me tomó de noche un muy gran espanto, y no vi nada sino que oí pisadas y no vi nada; dos veces me tomó así espanto de noche, no viendo nada.

Sabrá vuestra merced que de los huevos de las tortugas puestos de quince días, y de ocho días, toda la clara del huevo después de puesto debajo de tierra, se torna agua, y con aquella agua me sostenía los cinco meses del año, y teníamos también el agua de la que llovía, en unos cueros de lobos metidos en unos hoyos, y también en caracoles de la mar, y también en unos palos gruesos cavados por dentro, y teníamos sal sacando piedras de la mar e hinchando los hoyos que tenía, de agua, y secándose se tornaba sal, y cuando hacía tormenta, que no podíamos sacar pescado, tomábamos cuervos, que había muchos, y hacíamosles tornar el pescado que traían para sus hijos, y de aquello comíamos; también para proveernos para el invierno de mantenimiento, dos meses del año, que eran abril y mayo, sacábamos huevos de tortugas, y lávabamoslos y poníamoslos a secar, y con estos nos sustentamos siete meses del invierno; también teníamos un estanque hecho de piedra seca, con que velábamos la noche para tomar el pescado que entraba dentro.

En el mes de enero venían a parir las lobas y comíamos sus hijos; la leche que tenían en los buches sacábamosla en unos caracoles, y cogíamosla y comiámosla. El sabor de ella era muy agria, y los pellejos de ellos metiámoslos a remojo, y al cabo de tres días estaban pelados, y de estos, después de secos, hacíamos de ellos pañetes y cosetes y caperuzas. Hicimos tres pozos, y siempre hallábamos el agua salada, y cuando lluvia no la osábamos beber sin mezclarla con la del pozo, porque me cortaba todo por las coyunturas, porque como estaba cruda y yo usado a la salada, hacíame daño. En este tiempo estuve dos veces enfermo, y sángreme yo mismo por dos veces, y ambas veces que caí malo fue por agosto.

Tomado de la edición de CESÁREO FERNÁNDEZ DURO, *Naufragios*, 1867, pp. 16-26.

---

[9] Es decir, el sábado 17 de abril de 1528.
[10] En 1525 se capituló con Marcelo Villalobos poblar la isla y levantar fortaleza.

[11] En la costa venezolana.
[12] ¿Escondite?
[13] ¿Enyerbadas?
[14] Juan de Ampués, que recibió Aruba, Bonaire y Curazao en 1526.
[15] Para 1540, cuando probablemente se escribe esta relación, este nombre no aparece documentado y sería extraño que el narrador, si es el mismo Pedro Serrano, lo incluya en su narración sin mencionar que la isla lleva su nombre. Es posible que haya sido añadido al relato por Antonio de Herrera, que publicó una versión en 1601 [...] Una transcripción del original del Archivo de Indias de 1890 tiene este texto, que omite el nombre de la isla: «Un temporal que se llevó ambos mástiles de la nao, con todo el velamen, abriéndose el navío y dando al cabo de seis días en el bajo de la triste isla llamada por algunos desventurada –como otras del mismo grupo-despobladas, estériles, sin leña y sin gota de agua». El nombre de Pedro Serrano no aparece en la narración original, que es firmada por Maese Juan. Sin embargo, el hecho de que la isla haya tomado muy pronto ese nombre hace verosímil que sea el nombre real del náufrago. Garcilaso dice «La isla Serrana, que está en el viaje de Cartagena a la Habana, se llamó así por un español llamado Pedro Serrano cuyo navío se perdió cerca de ella (y él solo escapó nadando que era grandísimo nadador y llegó a aquella isla, que es despoblada, inhabitable, sin agua ni leña, donde vivió siete años con industria y buena maña que tuvo para tener leña y agua y sacar fuego: es un caso historial de gran admiración, quizá lo diremos en otra parte, de cuyo nombre llamaron la Serrana aquella isla y Serranilla a otra que está cerca de ella, por diferenciar una de otra», p. 7. El *Gran diccionario* de Moreri, de 1753, en su entrada «Serrana», relativa a la isla, toma los datos básicos del Inca y dice que el «caballero Serrano» fue a ver a Carlos V a Alemania.
[16] ¿Cobos?
[17] Chapuzándome, zambulléndome.
[18] Quien hacía las Cartas de Marear entre 1534 y 1542 era Diego Gutiérrez, a quien sucedió un hijo suyo llamado también Diego, autor del gran Mapamundi de 1562, el primer mapa en el que he encontrado a Serrana y Serranilla.
[19] Esto daría como fecha del rescate el 20 de septiembre de 1534 (ocho años y cuatro meses después del naufragio).
[20] Genovés
[21] Un Juan Bautista Ginovés, vecino de Triana, es Maestre de la Nave Capitana de la expedición de Magallanes en 1519. Bien pudo ser el que encontró a Serrano en 1534 y la relación registrada como de «Juan Maestre» por referencia a Juan Bautista Ginovés, que era Maestre, tomó el testimonio y pudo firmarlo como Juan Maestre o Maese Juan: el náufrago (Serrano) era iletrado. Sin embargo, Herrera, que trascribió el testimonio hacia 1610, habla del náufrago como «Juan Maestre», pero este puede ser el origen de la confusión. Y el hecho de que el Inca, en los mismos años, mantuviera el nombre de Serrano, señala que pudo conocer la relación –que evidentemente leyó, en este texto o en alguna copia, pues los paralelismos son muy grandes– en otra parte, además de haber oído la narración de Sánchez.
[22] Pedro de Alvarado murió en 1541. Por lo tanto esta narración es anterior a esta fecha.

6. Un informe del Protector de indios de Santa Marta (1531)

Tomás Ortiz Verlanga

Muy poderoso señor:

Una carta de Vuestra Alteza recibí en diez de diciembre del año pasado de 1529, y antes que haga lo que Vuestra Alteza me manda en que envíe relación del estado de esta tierra, respondiendo a la carta digo:

Que en esta tierra hay más daño de lo que allá han informado, porque una cosa es oírlo y otra verlo, como yo lo veo, y por estas causas y por otras muchas que adelante diré, estoy descontento, no de los trabajos de la tierra y persecuciones que en ella he pasado, porque ya sé con qué salió uno y lo otro, sino de ver la mejor tierra y la más rica y de indios más domésticos que hay en estas partes, y verla tan perdida; y por otra parte saber que, cuando Su Majestad a esta tierra me mandó venir, tuvo confianza y crédito que con la voluntad que yo tengo a su servicio y con la experiencia que yo tengo en estas partes, ayudaría al gobernador a encaminar como en todo se acertase, y el señor obispo de Osma, por cuya particular importunación acepté esta venida, y así lo tuvo por cierto.

La verdad es que la cosa pasa acá de otra manera, y porque Vuestra Alteza me manda que me junte con el gobernador y le aconseje y ayude cuanto pudiera y haga con los españoles que lo obedezcan, informaré como Vuestra Alteza me manda, y con esto cumpliré al servicio de Nuestro Señor y de Su Majestad, pues el mal recaudo es tan público, el cual he querido tener secreto esperando cada día enmienda de parte de la cabeza, por cuya enfermedad padecen dolores los miembros, y como según sus cosas andan me parece que es incorregible, Vuestra Alteza con brevedad lo mande remediar antes que no haya quien pueda ser remediado, porque la tierra está en más peligro de lo que Vuestra Alteza piensa, porque los indios no esperan sino a tomarnos un poco apartados para matarnos a

todos, que no quede hombre, y esto sélo de cierta ciencia mejor que cuantos hay en la tierra, aunque a los isleños bien se les trasluce a todo, y el gobernador todavía está en sus trece, sin se querer conocer.

Desde ha pocos días que el gobernador en esta tierra entró, fué a una entrada a las provincias de Vecuga y Gaurguya, que no debiera [...]. Y como fuese la primera, yo en persona fuí con él para ver cómo encaminaba las cosas de la guerra y de la paz y del servicio de Su Majestad y del bien de la tierra y conversión de los infieles y, según veo, con todo esto pecó como persona que con sólo el haber se muestra entero y acabado en las cosas de Dios y del mundo, y en las obras el más defectuoso y perjudicial cual nunca hasta hoy vi, y porque en esta entrada quedaron los indios escandalizados y alborotados y con odio a los cristianos, que si Dios no remedia, las fuerzas nuestras no bastan para se dar y mitigar su muy justa saña. Porque certifico a Vuestra Alteza que toda la tierra por donde fue quedó tan destruida, robada y asolada, como si fuego pasara por ella, que por dañarlos sólo, se destruyeron más de treinta mil fanegas de maíz que los indios tenían sembrado. Sabe Dios, Nuestro Señor, que viendo los desafueros que con los indios y con sus haciendas se hacían muchas veces, con gran remordimiento de conciencia yo estuve para me volver a Santa Marta, y todavía me es forzoso sufrir hasta ver el fin. Sé que Su Majestad quiere y manda que a los indios siempre se les entre por Dios y que le conozcan y sirvan. Vi que el Dios y la administración que les enseñan y predican es: «dame oro, dame oro». Esto hacía el gobernador en apeándose en cada pueblo, y los capitanes que enviamos a otras partes, porque él no podía ir con los caballos, se ponían en tanto rigor con los indios por su mandado sobre este título de darnos oro, que tomaban tizones para les quemar sus moradas, y algún capitán hubo que sobre lo dicho mató y ahorcó cinco y seis indios y trajo presos y malheridos tres principales; y en otra parte, ya que nos veníamos a Santa Marta, adelantándose un capitán con cierta gente por mandado del gobernador a demandar oro, toparon en el camino obra de cuarenta indios que iban con vituallas al Pueblo Grande, que era su tierra, los cuales iban de paz; y como los vió el capitán determinó de apartar ciertos de ellos para los tomar, que a todos no se atrevió, y sacó con color que les mostrasen el camino para Santa Marta a diez y siete de ellos, los cuales venían de buen gana, y desde que los tuvo bien apartados de los otros, con mañas hizo a los españoles que llevaba que diesen en ellos, y así lo

hicieron y los mataron a todos como a gente sin sospecha, entre los cuales mataron a un indio de buena presencia con una barba muy larga y bien puesta, el cual era piache y capitán general, el más valeroso indio que había en la provincia del Pueblo Grande, y le cortó la cabeza y se la llevaron al gobernador al camino. A muchos nos pareció que debía ser español.

A todos nos pareció mal y todo se disimuló, y otras muchas cosas que sería largo de contar. Nunca en todo aquel viaje me dio parte de cosa que hiciese ni quisiese hacer, ni me pidió parecer para cosa; antes, como señor absoluto, hacía y hace lo que le viene a la fantasía, y alguna vez que le acometió a tornar a los indios, avisándole que no se podía hacer los robos y maltratamientos que a los indios se hacían y porque se lo dije se tornó a mí como sierpe y convocó toda la hueste contra mí tanto que hubo capitán y muchos compañeros que pesase a tal, que por qué habían ellos sufrir protector, ni obispo en la tierra; que lo echasen en un navío sin velas y otras palabras y ofensas.

Desde ha ciertos meses envió el gobernador ciertos capitanes sin me dar, como dicho es, parte de cosa, como Su Majestad manda en sus instrucciones, a las provincias de Sierras Nevadas a pedir oro, en el cual viaje, así por no ir protector con ellos como Su Majestad manda, como por ir sin cabeza ni concierto, robaban la tierra que estaba en paz, escandalizando a los indios, tomándoles sus joyas y preseas. Capitán hubo que, al tiempo de pedir oro, porque no le daban tanto como él quería, tenía aunados los guajiros y personas principales, amenazándolos si no le daban el oro, que él los dejaría colgados y les quemaría sus moradas. Donde el dicho viaje, se hicieron muchos hurtos y robos, usurpando los derechos de Su Majestad, lo cual se vino a descubrir sobre la partición de lo que traían hurtado los compañeros, y esto causó no ir yo con y ellos o persona que tuviese en el corazón las cosas del servicio de Su Majestad [...]

De Santa Marta, a veintiuno de enero de mil y quinientos y treinta y un años. Criado menor de Vuestra Alteza. Firma: Fray Tomás Ortiz Verlanga

Fuente: JUAN FRIEDE, *Colección de documentos inéditos para la Historia de Colombia (1509-1550)*, 10 vols., Bogotá, 1955-1960. Vol. II, pp. 177-180...188.

7. Cómo se encontraron las tumbas del Sinú (1534-1535)

Pedro de Aguado

Pasados algunos días de como el gobernador Pedro de Heredia hubo desbaratado al cacique e indios de Turbaco, se halló con más copia de españoles de los que cada día iban dejando algunos navíos que tocaban en Cartagena; y así, con más número de soldados que antes salió a correr la tierra comarcana a Cartagena y pacificar los naturales que en ella había poblados, entre las cuales poblaciones esa vez anduvo dos meses con sus soldados, y como la gente de esta provincia generalmente es belicosa, muchas veces en diversos pueblos tomaron las armas contra los españoles y procuraron desbaratarlos y echarlos fuera de la tierra; pero ninguna cosa les prestó, porque Pedro de Heredia era hombre bien afortunado en guerra de indios, y los soldados que llevaba eran los más de ellos hombres antiguos en las Indias y que en otras partes se habían ya visto en peleas de indios, a los cuales llaman baquianos o isleños; y así dieron todos muestras de buenos soldados en las victorias que contra los indios esta vez hubieron, y así Pedro de Heredia, sin recibir casi daño ninguno, constriñó y forzó muchos pueblos de indios a que recibiesen y admitiesen su amistad y confederación, lo cual fue hecho y efectuado por ellos, y le fue guardada con toda fidelidad y verdad por el gobernador y sus soldados, que fue muy gran causa de que otros muchos pueblos de indios hiciesen lo mismo y se inclinasen a abrazar la paz y amistad de los españoles, porque Pedro de Heredia, además de que hacía conservar la paz y amistad a los indios, tenía especial cuidado en mirar por su buen tratamiento, y no consentía que se les hiciese ningún daño, ni demasías, ni otras violencias y fuerzas que algunos inconsideradamente les solían hacer, y aun hoy les harían si las muchas justicias que el Rey tiene puesta[s] para remediar estos excesos, no les fuesen a las manos con rigurosos castigos.

Volvióse después al tiempo dicho a la ciudad de Cartagena el Gobernador y sus soldados, y salió allí al capitán Mena y al capitán Sosa, que venían de Perú e iban a dar aviso al Emperador del suceso y descubrimiento de Perú hecho por Francisco Pizarro, el cual en batalla había preso a Huaina Capac, rey de aquella tierra, y desbaratado con una compañía de españoles las innumerables gentes que este bárbaro había juntado para dar batalla a los españoles y echarlos de su tierra; pero favoreciendo Dios inmortal a los de Francisco Pizarro, les dio una victoria de la cual quedará perpetua memoria en el mundo; y así se detuvieron en este puerto poco los dos capitanes prosiguiendo su derrota y viaje. El gobernador Heredia se determinó, después que se vio con alguna copia de gente, de hacer un descubrimiento y jornada la tierra adentro para el verano del año venidero de treinta y cinco, y porque había de quedar poca guarnición de gente en el pueblo, hizo el gobernador que se hiciese un cercado de tapias o palenque de tierra, a manera de fuerte, en que la gente se recogiese si fuese necesario y estuviesen seguros de las asechanzas y fuerza de los indios.

Hizose el fuerte entre el propio pueblo de Cartagena y la ribera y costa del mar que cae a barlovento, en pocos días, porque todos los soldados, por principales que fuesen, trabajaban y ayudaban a ella, no sólo con sus pareceres y presencia, pero actualmente con sus propias manos y haciendo lo que en semejantes trabajos y labores suelen hacer los comunes trabajadores y jornaleros; y lo que más de loar es, que el mismo gobernador, no despreciándose de lo que le era tan desigual, hacía lo mismo que los otros soldados, poniendo por su persona y trabajo todo calor en la fabricación del fuerte, el cual fue hecho en bien pocos días; y puestas todas las cosas en orden y concierto, así para lo que había de quedar en Cartagena como lo que había de llevar consigo, salió de Cartagena de los Reyes, con casi ciento y cincuenta hombres, entre los cuales iban señalados y diputados para las necesidades que en el camino se ofreciesen, veinte soldados macheteros y azadoneros, que estos llevaban a su cargo machetes y azadones, que para abrir el camino o caminos y aderezar pasos por aquella espesura de la montaña y fragosidad de las sierras, requerían ir apercibidos de esta manera.

Así mismo iban en la compañía treinta hombres a caballo, que son la fuerza principal para la guerra y amparo de los españoles, porque es ya cosa muy averiguada en las Indias que a donde no se llevan caballos para la guerra de los

indios, no puede dejar de haber gran riesgo y peligro y trabajo demasiado para los españoles.

Toda la otra gente eran rodeleros y ballesteros. Metióse la tierra adentro tomando por derrota la vía de Poniente, y llegando a diversas poblaciones tuvo muchas guazábaras con los indios y moradores de los pueblos do llegaba, en las cuales le mataron algunos españoles y le hirieron muchos; especialmente le pusieron en aprieto en un muy gran pueblo que casi todo un día y una noche tuvo la pelea, donde pusieron en grande tribulación y cuidado a los españoles; tomáronles un soldado a manos y lleváronselo vivo, y allá le dieron la más cruel muerte que pudieron, y mataron otro en la pelea, e hirieron otros, así de a pie, como de a caballo. De los jinetes salieron heridos en esta guazábara Alonso Montañés, sobrino del gobernador, y Ponce, alguacil mayor, y Martín Yañez Tafur, que se quisieron señalar más que otros en la pelea, y aunque salieron mal heridos y estuvieron de las heridas en peligro de muerte, no murió ninguno de los tres, pero quedo Tafur medio ciego de un flechazo que le dieron en una ceja; pero con todo este trabajo tuvieron victoria de los enemigos, y pasando adelante, nunca les falto guerra de indios que había poblados junto al camino que llevaban.

Caminando un día los españoles y su gobernador por un arroyo seco y muy falto de agua, por lo cual y por el gran calor iban los soldados muy fatigados de sed, hallaron en las barrancas de este arroyo un poblezuelo de indios cuyos moradores de él huyeron, y ellos con su cacique o principal se hicieron fuertes en un bohío, y allí procuraron defender sus personas obstinadamente. El gobernador, por evitar el daño del cacique e indios que dentro del bohío estaban, procuró con los intérpretes y lenguas que tenía llamar de paz al bárbaro y a sus indios, que pretendían con sus rusticas armas permanecer en una casa de paja, y tal que con sola una centella de fuego que sobre ella cayera, perecieran y fueran abrasados todos los que dentro estaban, en lo cual el gobernador puso tanta diligencia y calor que casi mitigó en alguna manera la furia de los bárbaros, porque a las voces que el gobernador daba por medio de los intérpretes, diciendo a los indios y cacique que en el bohío estaban encerrados, que no tuvieren temor ninguno, sino que saliesen fuera, que él los recibiría en su amistad, el cacique sacó las manos fuera del bohío, por la puerta, que era pequeña, y en ellas una criatura de hasta siete u ocho meses, y viendo el gobernador aquella novedad é

invención de aquel bárbaro, le pregunto que ¿para qué efecto sacaba aquella criatura? a lo que respondió que se la daba para que comiese.

Admirado Heredia de la bestialidad del bárbaro, le dijo que él y los que en su compañía venían no comían muchachos, ni indios ningunos, ni tal era su pretensión. A lo que replicó el indio, interrogando, que le dijesen de que se sustentaban aquellos hombres cuyos aspectos y semejables a ellos jamás él no había visto. El gobernador le dijo que su mantenimiento era carne de puerco y de venado, y oro. Entendido esto por el cacique, al momento arrojó fuera del bohío una chaguala de oro fino que pesaba ocho libras, y le dijo: Toma, cómete ese oro, que mientras eso comieres estaremos seguros yo y mis indios de que no nos comerás tú ni tus compañeros. El gobernador se alegró con el manjar, y haciendo nuevos halagos a los indios y al cacique, los hizo salir fuera del bohío y se llegaron donde él estaba; a los cuales preguntó quién le había dado aquella chaguala, o donde la había habido. El cual le dijo que su mayor el cacique del Cenú le había dado aquella chagualeja, y que si querían más oro, que los llevaría al propio Cenú, donde había mucho.

Pedro de Heredia, que no era menos codicioso que las otras gentes, antes más que algunos de los que en su compañía iban, se holgó en gran manera de oír la buena nueva y rogó al cacique con grande ahínco que lo llevase con brevedad a tan feliz lugar, haciendo de nuevo interrogaciones y preguntas sobre la grandeza del oro al mismo cacique, y si el Cenú donde le decía que había aquel oro, estaba lejos o cerca, y qué cantidad de oro podrían haber del; y fuele respondido que era grande la suma de oro que en poder de aquel cacique y sus indios había, así en las sepulturas de los muertos y entierros, como sobre la tierra; pero que aunque el camino era corto, que él no se atrevía andarlo por su cargada vejez; mas que para guía le daba un hijo suyo muchacho, que le llevaría por vía derecha donde tanto deseaba. Temióse el gobernador no fuese alguna burla o celada que el cacique quisiera armar o hacer, y declarándole su pecho, dijo que temía no fuese engaño fabuloso el que le pretendía hacer, y que por esto no pensaba sino llevarlo a el propio cacique por guía, y no a su hijo.

Recibió grande alteración este principal, así de la poca confianza y crédito que en él se tenía, como por la violencia que se le quería hacer en llevarlo fuera de su pueblo y naturaleza a pasar trabajos en el remate de sus días, y comenzó de nuevo a certificar al gobernador que no se le hacía ningún engaño, sino que

sinceramente sería encaminado y llevado por su hijo a donde él decía. Hizose lo que pretendía y quedó con esto contento. Y dando a Pedro de Heredia el muchacho que lo había de guiar, se partieron otro día siguiente, y en la primera jornada llegaron a un poblezuelo de pocos indios, y esos amontados y puestos en lugares seguros, porque como antes habían tenido noticia de cómo los españoles se les acercaban, no curaron de esperarlos, por no tener con ellos dares ni tomares. Durmieron allí aquella noche, y el siguiente día marcharon con buen concierto, según lo tenían de costumbre, y fueron a dar a unas largas y rasas campiñas y sabanas de más de quince leguas en contorno, en las cuales, obra de tres leguas metido en lo raso, estaba el pueblo del Cenú, donde tenían los indios sus sepulturas hechas sobre la tierra de suerte que desde lejos se parecían y divisaban, en tal manera, que una muy señalada sepultura que los indios tenían hecha a honra de su simulacro, que fue por los españoles llamada la sepultura del diablo, se parecía y divisaba, por su gran altura, desde una extendida legua de distancia. Los españoles fueron sentidos por los indios de este pueblo antes que llegasen a él, y así, desamparándolo de repente, se dieron a huir casi a vista de los soldados, los cuales no fueron nada perezosos en seguir el alcance, y mediante su buena diligencia prendieron al cacique de aquel pueblo y a su mujer, que era la natural señora de aquel pueblo y era llamada Latoto.

Diéronse luego los soldados a buscar lo que en las sepulturas y casas había, y hallaron en el bohío ó sepultura del diablo más de cuarenta mil pesos de fino oro, sin otra mucha cantidad que por las casas y sepulturas se sacaron.

Fuente: PEDRO DE AGUADO, *Historia de Venezuela.*

8. Francisco Martín, casado con una india, vive tres años como indio y busca varias veces volver a su tribu (1532-1535)

Pedro Simón

Ambrosio de Alfínger hizo a partir de 1531, desde Coro, cerca al golfo de Maracaibo, varias expediciones al nororiente de Colombia y en una de ellas, en 1533, murió. A estas expediciones corresponden los relatos siguientes de Pedro Simón.

Viéndose Ambrosio de Alfínger tan crecido en caudal como minorado en número de soldados, que cada hora eran menos, y que ellos eran los que habían de hacer la guerra en todas partes y acrecentarle en mayor número de oro, acordó de tomar 60.000 pesos del que estaba junto y con ellos 25 soldados, despachar a Coro al Capitán Bascona[23], natural de Arévalo, para que le juntase los más soldados que pudiese y con la brevedad posible volviese a aquel puesto y de allí les siguió por el rastro de la derrota que él pensaba tomar. Industrió a este Capitán en lo que había de hacer, especialmente la determinación con del oro que llevaba, para con eso animar los soldados a que emprendieran con gusto jornada de donde se sacaban tales frutos.

Partióse el Capitán Bascona con los 60.000 pesos é indios que los llevaban, con los veinte y cinco soldados del pueblo de Tamalameque, dejando en él a su General Ambrosio, que después tomó la derrota que diremos y, caminando la vuelta de Coro tomó muy diferente camino (para su perdición) del que habían traído todos juntos; porque como el paraje donde entonces se hallaban era más arriba y metido la tierra adentro de la culata de la laguna de Maracaibo, parecía por buena conjetura que bogando o dando vuelta por tierra a aquella serranía que dijimos cercaba la laguna, irían a salir de la otra banda de ella por encima de la culata sin tener necesidad de atravesar sus aguas, porque le parecía que era el

que habían andado a la ida más largo que éste que él imaginaba, las cuales conjeturas les salieron muy al revés de lo que entendía porque en apartándose del Real y dejando el camino que se sabía, volvió sobre la mano derecha, guiándose por la conjetura y rumbos que había echado y dejando a la mano izquierda la laguna fue atravesando por grandes y dificultosas serranías y en muchas partes tierras muy pantanosas y anegadizas, por cuyas incomodidades había muy raras y pequeñas población y donde mientras duraron hallaron bastante comida, hasta que con alguna que recogieron y llevaban fueron caminando algunos días en que se metieron en unos despoblados tan largos y apartados delas últimas poblaciones que quedaban atrás, que faltándoles ya la comida y no hallando remedio de poderla haber ni rastro de donde por allí les viniera, quisieran volver atrás a buscarla, y [como] no les pareció ser posible por las pocas fuerzas que ya tenían, se determinaron, empleándolas en caminar poco a poco adelante, con sola esperanza de hallarla en algunas poblaciones si acaso las topaban, sustentándose algunos días con hojas y yerbas silvestres y tallos de bijao: pero como aquello era poco y de mal sustento, el hambre, mientras más caminaban adelante, más los afligía, hasta que llegaron al extremo que no sólo no podían llevar sus armas (por tener tan consumidas las fuerzas), pero ni aun sus propias personas.

Y así determinaron dejar el oro escondido en alguna parte señalada, porque ya no lo podían llevar, y los indios que sacaron para que cargaran eran ya muertos algunos, con intentos de que si saliesen con vida a alguna población de españoles o indios pudiesen volver por ello; pero parece que este oro de Ambrosio de Alfínger y el otro con que él quedó y lo demás que hubo en todas sus jornadas, fue como el que hubo Quinto Escipión y sus soldados en Tolosa de Francia, cuando saqueando el templo de Apolo (á quien los ciudadanos veneraban con suma religión y acatamiento) llevó diez mil libras de oro y cinco millones de libras de plata; pero sucedió que no entró este oro en poder alguno que no tuviese mal suceso y fin desastrado.

Al fin con esta determinación este Capitán Bascona y su gente enterraron los sesenta mil pesos al tronco de una valiente y bien señalada ceiba, notando el lugar también con otras señales y dejando enterrados con él sus corazones, siguieron su viaje ya con solos intentos do buscar comidas; con los cuales andaban ya como desatinados por la flaqueza de la cabeza por una parte y otra

de aquellas montañas; pero viéndose como imposibilitados ya de hallarlas por no hallar rastro de gente, y que sus fuerzas del todo les iban faltando acordaron (y de hecho lo hicieron) de ir matando de los pocos indios é indias que les habían quedado de servicio é írselos comiendo cada día el suyo (cosa más que bestial), porque aunque en ocasiones de hambre ha habido madres que se han comido sus hijos en agraz, sin haber quedado con dentera, como en especial (lo tenemos por de fe en el libro 4 de los Reyes) lo hizo una mujer en aquella gran hambre de Samaria, y en otras mil partes del mundo que han sucedido; y en otras tantas de estas tierras de Indias, por ilusión del demonio, se sustentaban los indios de carne humana, como lo dirá en muchas partes nuestra Historia; todo esto es abominación y que debieran primero dejarse morir de hambre que matar a un hombre sólo para comer; porque aunque es lícito comer carne humana en tiempo de necesidad, hallándola muerta, nunca lo es matarla para comer, aunque sea para conservar la vida.

Ejemplo tenemos en muchos animales que aunque se mueran de hambre no matan a los de su especie para comerlos y conservar las vidas; sólo de los lobos sabemos lo hacen y se matan y comen unos a otros, cuando los fuerza el hambre; porque (como dice Eliano) cuando estos animales la tienen y no hallan con qué matarla, se matan para esto unos a otros de esta manera: que juntándose muchos de ellos en cuadrilla se ponen en corro y corriendo así unos tras otros alrededor, el primero que cae desvanecida la cabeza es manjar de todos los otros; con que parece queda respondido a una pregunta que se suele hacer: que por qué hay tan pocos lobos pariendo la hembra muchos lóbulos cada vez; y hay tantos carneros, ovejas y corderos no pariendo la oveja más que uno y una vez al año y matándose cada día tantos para nuestro sustento; pero esto fué una providencia divina que se matasen estos animales tan feroces y dañosos al hombre unos a otros, para que no tuviese tantos enemigos que persiguiesen a él y a sus cosas.

Al fin, sin más consideraciones que matar su hambre para reservar la vida, fueron matando los indios é indias y comiéndoselos cada día el suyo, sin dejar cosa de ellos tripas ni lo demás, porque nada les sabía mal. Y aun sucedió que matando el postrer indio y arrojando, cuando lo hacían cuartas, el miembro genital, como cosa tan obscena y asquerosa, era tanta la hambre rabiosa de un soldado llamado Francisco Martín (de quien luego hablaré más largo) que como perro arremetió y lo cogió y se lo engulló crudo, diciendo: ¿pues esto arrojáis en

estas ocasiones? Muestra bien clara de la hambre canina que tenía, la cual como después de concluida la carne de los indios fuera tomando mayores fuerzas, sin hallar tampoco con qué satisfacerla como antes cada uno de los soldados se temía y no fiaba de sus compañeros, no sucediese que con la fuerza de la hambre se matasen para comer unos a otros; y así se determinaron (en conformidad) de dividirse unos de otros por aquellas montañas, sujetos a lo que su suerte a cada uno ofreciese que, fue tan mala (así la del Capitán como de los soldados) que, jamás pareció ninguno vivo ni muerto, fuera de cuatro que por tener más ánimo y tolerancia en el hambre, se fueron juntos de camarada, aunque a pocos pasos les apretó la necesidad de manera que ya no los podrían dar atrás ni adelante en la ribera de un río caudaloso donde llegaron, que debió de ser el de Chama ó de los Estanques que baja (como hemos dicho) de las sierras nevadas de la ciudad de Mérida. A la margen de él (algunas leguas más arriba de la boca, por donde entra en la laguna de Maracaibo) se sentaron a descansar todos cuatro, con esperanzas de remediar su necesidad, por algunos rastros y señales que veían de gente; con que entendieron la había en las riberas de aquel río, y que pudiera ser que por él navegase alguna canoa de indios, de donde les viniese el remedio (como sucedió), pues a poco que se sentaron se apareció una canoa que pasaba de un pueblo a otro.

Pareciéronle los indios ángeles, y llamándolos con voces y señas, hicieron que llegara la canoa cerca de tierra, pero no tanto que los pudiesen asir, porque su intención era, si no llevaban que comer en la canoa, matar a quien la bogaba, para matar su hambre; pero no pudiendo hacer esto, se lo dieron a entender con señas y con las mismas, que les trajesen alguna cosa para comer. Fuéles fácil a los indios entender todo esto, por lo transidos y con figura de muerte que los veían, considerando que aquello no podía ser sino de hambre, en especial habiendo venido por el paraje que venían, donde sabían bien los indios que no había poblaciones ni qué comer; y así, despidiéndose de ellos y, bogando su canoa río arriba, llegaron con la brevedad que pudieron a su pueblo, y tomando la comida que les pareció bastaba para cuatro hombres, volvieron con brevedad a donde los quedaban esperando los soldados, a los cuales (como vieron volver tan presto a los indios) les pareció sería poco el mantenimiento que podían traer, y así determinaron que tomasen también los indios y los matasen y asasen o tostasen en barbacoa, para guardar aquella carne así tostada, pues no tenían sal y

con esto tuviesen comida para pasar adelante. En estas depravadas intenciones y pláticas estaban los cuatro soldados cuando llegaron otros tantos indios en la canoa con la comida, y sin recelo de recibir algún daño de los que remediaban con tanta voluntad en tan extrema necesidad, saltaron en tierra y sacaron el maíz, raíces y legumbres que traíanse, las dieron con muy buen semblante y contento.

Pero los ingratos españoles (no teniéndolo, de solas aquellas comidas) pusieron mano en los indios, cada uno en el suyo, para ejecutar en ellos lo que tenían tratado; aunque como sus fuerzas eran tan pocas, fueron mayores las de los indios y así se les escapaban de las manos con facilidad, lo cual remediaron para que no se les fueran todos cuatro indios, cargando todos cuatro soldados sobre uno de los indios; y asiendo de él, al fin entre todos cuatro lo sujetaron por no haber tenido favor en los otros tres, que sólo procuraron librar sus vidas metiéndose en la canoa y escapando el río arriba a boga arrancada. Al pobre que quedaba entre sus manos mataron luego los cuatro y tostaron la carne para el intento dicho, comiéndose luego allí la asadura, pies y manos y el menudo, tan a gusto todo, como si fuera de un venado ó puerco; abominación extraña, y más entre cristianos.

Comenzaron luego a recelarse que los indios que se escaparon no diesen aviso a los demás y viniesen sobre ellos, con que acordaron mudar sitio, ya con el esfuerzo que habían tomado de la comida; y así los tres comenzaron a caminar el río arriba, metidos algo por la montaña, llevando la parte do la comida y carne asada que les había cabido, porque la parte que le cupo a uno de ellos, llamado Francisco Martín (de quien dijimos arriba) se la dejaron a él allí, a donde se quedó, por no dejarlo caminar una llaga muy enconada que tenía en una pierna; y así los tres solos siguieron un viaje por donde los fué guiando su desgraciada suerte, hasta dar consigo en las manos de la muerte, que sin duda fue tan miserable como la de los otros sus compañeros, ó a manos de indios o del hambre.

El Francisco Martín (que permitió Dios quedase vivo y volviese después a manos de españoles para que se supiesen estos sucesos) viéndose solo en aquella playa y ribera del rio, comenzó a caminar como pudo, por su margen abajo, pareciéndole que, pues por allí bogaban canoas, no dejaría de encontrar con algunas poblaciones donde por ventura pudiera conservar la vida, ó a lo menos si le privasen de ella, salir ya de tantos trabajos en que se veia. Sabía algo nadar, y

ayudándose de un palo grueso, se arrojó a las aguas del rio, que lo llevaron con sus corrientes con brevedad al paraje de un pueblo que estaba fundado a la ribera, con gente de buena masa y condición, como se echó de ver desde luego.

Pues viéndole y ayudándole a salir del rio, con admiración de todos (que quedaron pocos que no se viniesen a ver) sin hacerle ningún mal, por ver una cosa tan nueva como era un hombre blanco y con barbas, que jamás entre ellos se crían, se lo llevaron y presentaron al Cacique, que le recibió con la misma admiración, mandándole estar en su casa por cosa de grandeza, y a todos sus vasallos, que ninguno le ofendiese. Este mandato del Cacique guardaban los indios con puntualidad mientras él estaba presente: pero en ausentándose, todos acudían a burlarse con él, aunque nunca le intentaron de matar de propósito: pero con burlas tan pesadas, que algunas le hubieran de costar la vida, como era una que usaban, atándole a los pies unas sogas y haciéndole que saltara hacia arriba, y cuando estaba en el aire tiraban de presto de las sogas, no dejándole sentar los pies en el suelo, con que daba terribles caídas, ya de ojos, ya de cerebro, ya de lado, Según por donde tiraban aquellos bárbaros, de que se ocasionaban tan grandes y livianas risas entre ellos, como al miserable Francisco Martín penas y dolores, de que muchas veces le libraba una hija del Cacique, su aficionada, por haberse revuelto carnalmente con ella; ésta le quitaba muchas veces de estos entretenimientos y otros semejantes que tenían con él los indios; y para que mejor pudiese vivir con ellos, le persuadía la india se pusiera el traje y gala que traían todos, que era el que les dio la naturaleza y a que los imitase en todo lo que los viese hacer, con que daría contento a su padre y los demás indios se le aficionarían.

Tomó bien la lección el Francisco Martín, pareciendo le importaba para vivir entre quien le parecía que ya había de estar toda su vida; y así, dejando el vestido que traía, ahorrando de cuidados para buscar telas para otros, comenzó a andar como los demás sus vecinos; y para conformarse más, se quitó los pelos de todo su cuerpo, sin dejar más que las cejas y cabellos, sin dejar que creciesen los de las barbas, ni aun que saliesen. La mochila del hayo y poporo se echó luego como tahalí al hombro. Aprendió mohanerías o hechicerías ó por ventura pactos con el demonio; pues se hizo médico y curaba de todas enfermedades chupando a los enfermos la parte que les dolía, dando a entender a los indios que estas curas eran sobrenaturales. Entraba en sus santuarios, ofrecía a los ídolos. Venían

a él todos los enfermos a buscar salud; y al fin se acomodó en pocos días a todo el modo de los indios, tan del todo, como el más principal dellos.

Aficionó con esto al Cacique de manera que, conociendo lo mucho que lo estaban el Francisco Martín y su hija los casó a su modo. Rehusando el casamiento menos el soldado que los indios, porque sospechaban (como fue así) que siendo yerno del Cacique había de supeditarlos, coligiendo esto de algunas señales de arrogancia que conocieron en él (al fin como de español) cuando estaba en su cautiverio y miseria.

Y así, en saliendo de ella y viéndose yerno del Cacique, nuestro desposado comenzó a mostrarse más grave, y hacerse temer de los indios. Seguía sus guerras, señalándose mucho en las que tenía su suegro con sus convecinos, con que vino a ganar tan gran opinión de valiente, que vinieron a nombrarle los del pueblo por su Capitán; con que los vino a sujetar y hacer que le temiesen. Dio también en quererlo gobernar con diferente modo del que ellos solían, lo cual fue causa de que los indios se enfadasen y amotinasen contra él, y secretamente tratasen de matarle muchas veces, como lo hicieran, si su mujer (de quien luego fue teniendo hijos hasta tres) no le avisara de los intentos de los indios y quiénes eran los conspiradores de su muerte, a los cuales ganaba por la mano en acometerles y desbaratarlos algunas veces; otras los hacía matar de secreto; otras los apaciguaba y contentaba, con las cuales trazas vivía superior y pacíficamente, obedeciéndole todos y estando a su voluntad, unos por amor y otros por temor. Al fin este hombre vivió con este modo entre aquellos bárbaros, tan a lo bárbaro como ellos: pero teniendo su casa bien puesta, con su mujer é hijos, casi tres años, hasta que sucedió lo que diremos.

[Dos años después (1534) otros restos de la expedición de Alfínger, encabezados por Juan de San Martín llegan a donde quedó Francisco Martín]

Detuviéronse poco en este valle, y pasando adelante de provincia en provincia hacia la parte del Norte y laguna de Maracaibo, vinieron a dar en la que estaba Francisco Martín convertido ya (como dijimos), más en costumbres de indios que de españoles. De los nuestros que iban acercándose a aquella Provincia, tuvieron noticia los naturales de ella, y dándosela al Francisco Martín de cómo venían unos hombres de la traza y talle que él había entrado en ellos porque no le

matasen, considerando por ventura que venían a juntarse con él (como sus compañeros) para destruirlos a ellos y echarlos de su casa, les respondió que él era indio como ellos, y su pariente y amigo; y que aquellos soldados que tenían noticia venían, lo habían traído forzado y cautivo algunos días con ellos y que se había escapado de sus manos cuando llegó a su pueblo; y así que lo diesen la gente de guerra que tenían, que él saldría con ella y pues sabían su ánimo y bríos, que él los emplearía en desbaratar y matar a los españoles que venían.

Con facilidad creyeron ser así el Cacique y los demás indios lo que decía el Francisco Martín, y disponiendo sus armas estuvieron a la mira para salir al tiempo que se acercasen y su tierra los españoles, los cuales iban marchando con hartos trabajos, por ser todas aquellas tierras anegadizas y pantanosas, y deseosos de salir ya de ellas y llegar a las de Coro, a donde habían concebido buenas esperanzas, llegarían presto por haber reconocido las aguas de la laguna de Maracaibo, y saber desde el principio de su jornada (como dijimos) que hay desde ella pocas leguas a la ciudad dicha; pero todos les facilitaban los deseos que tenían ya de dar fin a esta penosa jornada antes que lo tuvieran los días de todos los que iban en ella.

Ya que les pareció a los indios de la provincia, y pueblo donde estaba el Francisco Martín, que era tiempo de salir al encuentro, y resistencia de los españoles, porque iban ya poniendo los pies en los umbrales de su tierra, avisaron al Francisco Martín, que sin pereza dispuso luego toda la gente que había de guerra, y saliendo por su Capitán (a quien seguían con gusto, por lo que les había dicho), fueron caminando hacia donde entraban los españoles, habiéndolos dispuesto primero el Francisco Martín en buen orden de guerra, y díjoles el que habían de tener en acometer, y pelear con los nuestros: y así poniendo a los indios en emboscada, y dándoles a entender, que aquel era el mejor modo de guerra, para sobresaltar, y coger descuidados a los enemigos; él se apartó de ellos, diciendo, que iba a espiar a los españoles, que iban llegándose del todo.

Iba el Francisco Martín en todo a la usanza de los indios (como hemos dicho) vivía entre ellos desnudo en carnes, y estas ya percudidas y tostadas del sol, todo el cuerpo embijado, emplumada la cabeza, con su arco, y flechas; el cabello largo, la barba, y las demás partes de su cuerpo sin ningún pelo, las partes de la

puridad cubiertas con un calabacillo pequeño, y al fin en todo tan al natural indio, que era menester mirar por brújula, para conocer que no lo era.

Acercóse con esta figura a vista de los españoles, los cuales teniendo por atrevimiento, que un indio solo se les acercase tanto (por lo que pudiera suceder), se determinaron algunos de los que iban delante de los nuestros, a salir a él, y alancearle (como lo hicieran) si ya que llegaba cerca el Francisco Martín, no les hablaba, diciéndoles, que se detuvieran, porque no era indio, sino su compañero. Detuviéronse con esto los españoles, admirados de oír hablar su lengua a un indio en aquellas tan peregrinas tierras, donde no pudieron, ni aun conjeturar por entonces, por haber sido todo tan de repente, por qué caminos pudiera haber venido allí indio que la supiera hablar: pero luego salieron de esta perplejidad, y admiración, con habérseles llegado más el Francisco Martín, y díjoles en suma quién era, y el suceso de su viaje, y la venida a aquella tierra.

Con esto, mirando con más atención los españoles a este soldado, reconocieron ser el que decía, y admirados de la forma en que lo veían, se apearon de los caballos, y le cubrieron con algunos vestidos que se hallaron a mano, abrazándole, y llorando de gozo de haberle hallado, y aun de sentimiento de la pérdida, y caso desgraciado de los demás sus compañeros. Fuéronse así todos juntos, hasta donde estaba la emboscada de los indios, a quien habló el Francisco Martín en su lengua (que la sabía tan bien como ellos) declarándoles el engaño con que les había hablado hasta allí, con intención de excusar guerras entre ellos y españoles, porque eran sus hermanos, y ellos, de quienes habían recibido muchas buenas obras, y que también se las harían ahora a ellos los españoles, y buenos tratamientos: y así que no se alterasen, sino que quisiesen ser sus amigos.

Hicieron los indios lo que el Francisco Martín les decía, y acariciados con las buenas palabras del General Juan de San Martín, se fueron todos juntos al pueblo, donde los recibió amigablemente el Cacique, y los aposentó, y proveyó de lo necesario. Hicieron allí asiento para reformarse, y descansar los españoles, los días que les pareció bastaban, en los cuales, por industria del Francisco Martín, hicieron amistad con los nuestros los de aquel pueblo, y provincia, y algunas de las circunvecinas, por donde fueron pasando, ya que al General le pareció (por estar su gente reformada) dejar aquel pueblo, llevando por guía, para la vuelta de Coro, buenos y fieles indios, amigos que los encaminaban por

caminos, y trochas limpias de montañas, y libres de anegadizos, que era lo que más molestaba al ejército, y por lengua al Francisco Martín: por cuya ocasión le salían, en muchas partes los indios de paz, con el sustento necesario: y así con menos incomodidad que la habían traído (hasta hallar al Francisco Martín) pasaron lo que les quedó de viaje, hasta llegar a Coro, a donde entraron el año de mil quinientos treinta y dos, después de tres años que salieron del mismo pueblo, llevando menos su gobernador, y la mayor parte de los compañeros que habían salido con ellos, por haberlos consumido las incomodidades, y trabajos que hemos dicho, y callado de la jornada.

En la cual se hizo ningún fruto espiritual, ni corporal, y se pudiera tener por partido, no se hubieran hecho muchos daños en lo uno, y lo otro, porque aunque Ambrosio de Alfínger a los principios de esta salida, hizo demostración de buenos intentos, no consintiendo que ninguno de los de su compañía llevase indio cargado, ni aun india para que le moliese el maíz, y aderezase la comida, presto se acabó todo este cuidado, porque lo puso luego en cosas de codicia, raíz de toda maldad, mandando por público pregón que tomasen los soldados todo el oro que hallasen en poder de los indios, por parecerle le pertenecía a él y a sus compañeros; y no sé por qué ley: si bien es verdad, que también mandó con graves penas que no rescatasen comida con los indios, con fin de que no fuesen molestados de los soldados: ¿pero cómo se puede compadecer lo uno con lo otro? Por una parte quitarles a los indios lo que era suyo, y por otra que no les comprasen lo que ellos de su voluntad querían vender.

Al fin este fue el que tuvo Ambrosio de Alfínger, y su gente en esta jornada. Mientras pasaron estos trabajos en ella, no los pasaron menores de hambres, y necesidades en la ranchería que dejó Alfínger en la laguna de Maracaibo: porque como no había cerca de la población, alguna de indios, faltaba la disposición de sementeras, para tener comidas: y así el que las quería, había de ir muy lejos por ellas, y traerlas a cuestas, por no haber bestias de que ayudarse, y aun cuando llegaban al pueblo con ella, se la embargaba la justicia, porque se repartía entre todos.

Socorrió mucho estas necesidades Francisco Martín, que después vino con Nicolás de Federman a este Nuestro Reino: porque habiéndole dado a su cargo el Capitán Vanegas, natural de Córdoba (que era el Teniente que dejó en la ranchería Alfínger) los bergantines, para que corriese la costa de la laguna, y

trajese algún socorro, muchas veces venía con él, sacándolo de donde podía, y aun de donde no podía. Luego que llegó a Coro la gente de la jornada, y nuevas del suceso de ella: en especial del entierro de los sesenta mil pesos, también llegó a la ranchería de la laguna de Maracaibo, e hizo al Teniente Vanegas, que tomase la vuelta de Coro, a donde entre los demás que pecaron en la codicia de ir a buscar los sesenta mil pesos, fue él, y esto con tantas veras, que tratándolo con muchos, y muchas persuasiones con el Francisco Martín, acabó con él, que fuese en su compañía a buscar el oro que decía se atrevía a dar con él, yendo por las trochas, que fueron cuando lo enterraron: y así prometiéndole el Vanegas buena parte de él, si lo hallaban, y juntando otros sesenta soldados, prometiéndoles también lo mismo, volvió con todos a su ranchería de la laguna, de donde partió luego, pensando estaba el peligro en la tardanza, con un solo caballo, y sin silla, y los soldados sin armas, tomaron la vuelta de Tamalameque, y desde allí la que habían llevado según decía el Francisco Martín, cuando enterraron el oro; pero él se desatinó tanto, que después de haberlos traído de una vuelta, y otra por mil dificultades de montañas, echó de ver el Vanegas que iban perdidos, y que si no daban de presto la vuelta por donde habían ido, les sucediera lo que al Capitán Vascona, y sus compañeros; y así la tomó sin perder el camino, porque como ya que no la había ido señalando con machetes en los árboles, y otras partes, con la brevedad que fue menester, se halló después de haber pasado mil trabajos en castigo de su codicia en su casa, y ranchería de la laguna a donde estuvo, hasta que después la despobló el Capitán Nicolás de Federman.

Pasaron los sesenta soldados a Coro con el Francisco Martín, que estaba tan ansioso por volver a ver a su mujer, e hijos que había dejado de donde lo sacaron, y tan apesarado de haber salido con ellos, que dejándose vencer de estos deseos, se desapareció de entre los españoles de Coro, y se fue allá, tornándose al vómito de sus costumbres de indio, en que estaba ya connaturalizado

Vídose esto pues entrando después en aquella Provincia una compañía de españoles, y hallándolo, y volviéndolo a Coro, se volvió otra vez al regosto, hasta que volviéndolo a sacar otros soldados que entraron, lo volvieron otra vez al mismo pueblo de Coro, donde estaba todavía tan inquieto, y con demostraciones de costumbres de indio; como era mascar hayo de ordinario, y otras, que fue menester hacerlo que se saliera de allí, y de todas las provincias

que estaban a la redonda de aquella, a quien estaba tan inclinado, y así lo encaminaron con cierto Capitán a este Nuevo Reino de Granada, con que se quitó de aquella ocasión, y vivió quieto en esta tierra del Reino mucho tiempo.

Fuente: FRAY PEDRO SIMÓN, *Noticia* 2.

---

[23] Vascuña.

9. Moral y religión de los chibchas (epítome de Quesada)

Juan Friede

La vida moral de estos indios y policía suya es de gente de mediana razón, porque los delitos hechos, los castigan muy bien, especialmente el matar y el hurtar y el pecado nefando, de que son muy limpios, que no es poco para entre indios. Y así hay más horcas por los caminos y más hombres puestos en ellas, que en España. También cortan manos, narices y orejas por delitos no tan grandes, y penas de vergüenza hay para las personas principales, como es rasgarles los vestidos y cortarles los cabellos, que entre ellos es gran ignominia. Es grandísíma la reverencia que tienen los súbditos a sus caciques, porque jamás les miran a la cara, aunque estén en conversación familiar de manera que si entran donde está el cacique han de entrar vueltas las espaldas hacia él, reculándose hacia atrás; y ya sentados o en pie, han de estar de esta manera, que en lugar de honra, tienen siempre vueltas las espaldas a sus señores.

En el casarse no dicen palabras ni hacen ceremonias ningunas, mas de tomar su mujer y llevársela a casa. Cásanse todas las veces que quieren y con todas las mujeres que pueden mantener, y así uno tiene diez mujeres y otro veinte, según la calidad del indio; y Bogotá, que era rey de todos los caciques, tenía más de 400. Les es prohibido el matrimonio en el primer grado, y aun en algunas partes del dicho Nuevo Reino, en el segundo grado también. Los hijos no heredan a sus padres sus haciendas y estados, sino los herederos, y si no hay, los hijos de los herederos muertos, y a éstos tampoco no les heredan sus hijos, sino sus mismos sobrinos o primos.

Viene a ser todo una cuenta con lo de acá, salvo que estos bárbaros que van por estos rodeos, tienen repartidos los tiempos de meses y año, muy al propósito: los 10 días primeros del mes, comen una hierba que en la costa de la mar llaman hayo, que los sustenta mucho y les hace purgar sus indisposiciones. Al cabo de

estos días, limpios ya del hayo, traen otros días en sus labranzas y haciendas, y los otros 10 que quedan del mes, los gastan en sus casas, en conversar con sus mujeres y en holgarse con ellas. En uno y en otro repartimiento de los meses, se hace en algunas partes del Nuevo Reino de otra manera: hacen de más largo y de más días cada uno de estos repartimientos.

Los que han de ser caciques o capitanes, así hombres como mujeres, métenlos cuando pequeños en unas casas encerradas. Allí están algunos años, según la calidad del que espera heredar, y hombre hay que está 7 años. Este encerramiento es tan estrecho, que en todo este tiempo no ha de ver el sol, porque sí lo viese, perdería el estado que espera. Tienen allí con ellos quien les sirva, y danles muchos y terribles azotes, y en esta penitencia están el tiempo que he dicho. Y salido, ya puédense horadar las orejas y las narices para traer oro, que es la cosa entre ellos de más honra. También traen oro en los pechos, que se los cubren con unas planchas. Traen también unos capataces de oro, a manera de mitras, y también los traen en los brazos.

Es gente muy perdida por cantar y bailar a su modo, y estos son sus placeres. Es gente muy mentirosa, como toda la otra gente de Indias, que nunca sabe decir verdad. Es gente de mediano ingenio para hacer cosas artífices, como en hacer joyas de oro y remedar las que ven en nosotros, y en el tejer de su algodón, conforme a nuestros paños, para remedarnos; aunque lo primero no lo hacen tan bien como los de la Nueva España, ni lo segundo, tan bien como los del Perú.

Cuanto a lo de la religión, digo que en su manera de errar, son religiosísimos. Porque allende de tener en cada pueblo sus templos, que los españoles llaman allá santuarios. Tienen fuera del lugar, asimismo muchos, con grandes carreras y andenes, que tienen hechos desde los mismos pueblos a los mismos templos. Tienen sin esto infinidad de ermitas en montes, en caminos y en diversas partes. En todas estas cosas de adoración tienen puesto mucho oro y esmeraldas. Sacrifican en estos templos con sangre y agua y fuego de esta manera: con la sangre, matando muchas aves y derramando la sangre por el templo, y todas las cabezas dejándolas atadas en el mismo templo colgadas. Sacrifican con agua así mismo, derramándola en el mismo santuario y echando ciertos sahumerios. Y a cada cosa de estas tienen apropiadas sus horas, las cuales dicen cantadas. Con sangre humana no sacrifican sino y en una de dos maneras: la una, que es, si en la guerra de los panchas, sus enemigos, prenden algún muchacho que por su

aspecto se presuma no haber tocado a mujer, a éste tal, después de vueltas a la tierra, lo sacrifican en el santuario, matándolo con grandes clamores y voces.

La otra es, que ellos tienen unos sacerdotes muchachos para sus templos, cada cacique tiene uno y pocos tienen dos, porque estos están muy caros, que los compran por rescate en grandísimo precio. Llámanles a estos mojas. Van los indios a comprarlos a una provincia que estará treinta leguas del Nuevo Reino que llaman la Casa del Sol, donde se crían estos niños mojas. Traídos acá al Nuevo Reino, sirven en los santuarios como está dicho; y estos, dicen los indios, que se entienden con el sol y le hablan y reciben su respuesta. Estos que vienen siempre de 7 a 8 años al Nuevo Reino, son tenidos en tanta veneración que siempre los traen en los hombros. Cuando estos llegan a la edad que les parece que pueden ser potentes para tocar mujer, mátanlos en los templos y sacrifican con su sangre a los ídolos; pero si antes de esto, la ventura del moja ha sido tocar a mujer, luego es libre de aquel sacrificio, porque dicen que su sangre ya no vale para aplacar los pecados.

Antes que vaya un señor a la guerra contra otro están los unos y los otros un mes en los campos, a la puerta de los templos, toda la gente de la guerra cantando de noche y de día, si no son pocas horas que hurtan para comer y dormir, en los cuales cantos están rogando al sol y a la luna y a los otros ídolos a quien adoran, que les dé victoria. Y en aquellos cantos están cantando todas las cosas justas que tienen para hacer aquella guerra. Y si vienen victoriosos, para dar gracias de la victoria, están de la misma manera otros ciertos días, y si vienen desbaratados, lo mismo, cantando como en lamentación su desbarato.

Tienen muchos bosques y lagunas consagradas en su falsa religión, donde no dejan cortar un árbol ni tomar un poco agua, por todo el mundo. En estos bosques van también a hacer sus sacrificios y entierran oro y esmeraldas en ellos; lo cual está muy seguro que nadie tocará en ello, porque pensarían que luego se habían de caer muertos. Lo mismo es en lo de las lagunas, las que tienen dedicadas para sus sacrificios, que van allí y echan mucho oro y piedras preciosas que quedan perdidas siempre. Ellos tienen al sol y a la luna por creadores de todas las cosas, y creen de ellos que se juntan como marido y mujer, para tener sus ayuntamientos. Además de estos, tienen otra muchedumbre de ídolos, los cuales tienen como nosotros acá a los Santos, para que rueguen al sol y a la luna por sus cosas. Y así, los santuarios y templos de ellos está cada

uno dedicado al nombre de cada ídolo. Además de estos ídolos de los templos, tienen cada indio, por pobre que sea, un ídolo particular y dos y tres más, que es a la letra lo que en tiempo de gentiles llamaban lares. Estos ídolos caseros son de oro muy fino, y en el hueco del vientre muchas esmeraldas, según la calidad de oro en su casa, tiénelo de palo, y en lo hueco de la barriga pone el oro y las esmeraldas que pueden alcanzar. Estos ídolos caseros son pequeños, y los mayores son como el codo de una mano. Y es tanta la devoción que tienen, que no irán a parte ningún, ora sea a labrar a su heredad, ora sea a otra cualquier parte, que no lleven en una espuerta pequeña, colgado de brazo. Y lo que más es de espantar, que aun también su ídolo, especialmente en la provincia de Tunja, donde son más religiosos.

En lo de los muertos, entiérranlos en dos maneras: métenlos entre unas mantas muy lindas, sacándoles primero las tripas y lo demás de las barrigas, y echan en ellas de su oro y esmeraldas, y sin esto les ponen también mucho oro por de fuera, a raíz del cuerpo, y encima todas las mantas liadas, y hacen unas como camas grandes, un poco altas del suelo, y en unos santuarios, que solo para esto de muertos tienen dedicados, los ponen y los dejan allí encima de aquellas camas, sin enterrar, para siempre; de lo cual después no han habido poco provecho los españoles. la otra manera de enterrar muertos es en el agua, en lagunas muy grandes, metidos los muertos en ataúdes, y de oro sí tal es el indio muerto, y dentro del ataúd el oro que puede caber, y más las esmeraldas que tienen puestas allí adentro del ataúd con el muerto, lo echan en aquellas lagunas muy hondas, en lo más hondo de ellas.

Cuanto a la inmortalidad del alma, créenla tan bárbara y confusamente, que no se puede, de lo que ellos dicen, colegir si en lo que ellos ponen la holganza y descanso de los muertos, es el mismo cuerpo o el ánima, pues lo que ellos dicen es que el que acá no ha sido malo sino bueno, que después de muerto tiene muy gran descanso y placer; y que el que ha sido malo tiene muy gran trabajo, porque le están dando muchos azotes. Los que mueren por sustentación y ampliación de su tierra, dicen que éstos, aunque han sido malos, por sólo aquello, están con los buenos, descansando y holgando. Y así dicen que el que muere en la guerra y la mujer que muere de parto, que se van derecho a descansar y a holgar, por sólo aquella voluntad que han tenido de ensanchar y acrecentar la república, aunque antes hayan sido malos y ruines.

De la tierra y nación de los panches, de que alrededor está cercado todo el dicho Nuevo Reino, hay muy poco de su religión y vida moral que tratar, porque es gente tan bestial que ni adoran ni creen en otra cosa sino en sus deleites y vicios, y a otra cosa ninguna tienen aspiración. Gente que no se les da nada por el oro ni por otra cosa alguna, sino es por comer y holgar, especialmente si puede haber carne humana para comer, que es su mayor deleite. Y para este solo efecto hacen siempre entradas y guerras en el Nuevo Reino.

Fuente: GONZALO JIMÉNEZ DE QUESADA, *Epítome del Nuevo Reino de Granada*, en JUAN FRIEDE, *Descubrimiento del Nuevo Reino de Grana*da, pp. 256 y ss.

10. Al ir los españoles a buscar las minas de Muzo, las indias drogan con burundanga a sus captores (1537)

Lucas Fernández de Piedrahita

Determinados ya los españoles a seguir la demanda de las esmeraldas y no olvidados de que el Cacique de Bojacá, poderoso en vasallos, se había excusado de visitarlos, habiéndolo hecho todos los demás Caciques de la Sabana, salieron de la Corte de Bogotá y torciendo el viaje marcharon a Bojacá, poco distante, y apenas lo supo su Cacique cuando puesto en huida dejó la ciudad y vasallos al arbitrio de las armas extranjeras; con que los españoles, libres de oposición y mal contentos de los moradores, dieron a saco la ciudad, encontrando en ella grandes cantidades de mantas y túnicas de algodón, y tomando quinientos indios para cargueros, continuaron su jornada volviendo a seguirla derechamente por aquellas grandes poblaciones de Engativá, Techo, Usaquén, Teusacá y Guasca, admirados de ver dondequiera que llegaban infinita muchedumbre de naturales, cuyos Caciques y Gobernadores los salían de paz y recibían con ceremonias extrañas de respeto y urbanidad; y cuanto más penetraban la tierra, descubrían más poderosos pueblos que los referidos, como se reconoció más bien en el de Guatavita, donde se extremaron en recibirlos con dones y demostraciones amigables; porque imaginan los que una vez perdieron la libertad, que ó mudando el dominio mejoran de fortuna ó cortejando diferente dueño vengan su primer agravio: como si la opresión no creciera mientras se multiplican nuevos administradores de la tiranía. Juzgó nuestra España que agasajando a los romanos se desahogaba de los cartagineses, y doblóseles el yugo: recurrió a los Vándalos y Godos y quedó para destrozo de muchas naciones.

Ejemplo infeliz y más moderno puede ser Guatavita, Corte ilustre de Príncipes, cuya grandeza no cedía a Bogotá, y en la entrada de los españoles ciudad populosa, de gran fuerza de gentes guarnecida y habitada; y al presente

por la mudanza de los dominios pueblo tan corto, que solo conserva las reliquias de lo que fue en el nombre, y poco más de ciento y cincuenta vecinos [...]

Poco se detuvo allí el campo español, pues al día siguiente, habiendo sesteado en Sesquilé, descubrieron a Chocontá, grande por su fábrica de casas y copioso número de vecinos, y aumentada con presidios como frontera de los Reinos del Zipa contra las invasiones del Tunja: pusiéronle por nombre la ciudad del Espíritu Santo, por haber celebrado en ella su pascua. Aquí sucedió un caso gracioso, aunque por lo extraño de mucho pesar para todos mientras ignoraron la causa; y fue, que en uno de los días que allí se detuvieron perdió improvisamente el juicio un soldado llamado Cristóbal Ruiz, con demostraciones tan furiosas, que causó general compasión y que se convirtió luego en miedo y asombro, viendo que al cerrar de la noche experimentaban el mismo delirio en otros cuatro soldados. Turbó este nuevo suceso grandemente el ánimo del General Quesada, y vacilando toda aquella noche en discurrir el motivo, la pasó desvelado, hasta que a la mañana supo que más de cuarenta soldados estaban también locos como los primeros: y aquí fue cuando, creciendo la admiración y el espanto, temió con los demás que fuese algún particular juicio de Dios en castigar aquel pequeño ejército con tan extraordinario azote, y más, viendo que cada hora crecía el achaque en otros muchos; pero templóse el temor a la noche y al día siguiente, con ver que iban todos cobrando el juicio, unos antes y otros después, conforme al tiempo en que lo habían perdido. Refiérelo así el mismo General Quesada al capítulo séptimo de su primer libro del compendio historial, donde añade estas palabras: «Y quedaron más locos que antes, pues andaban entendiendo en hacer tan gran locura como era arrebatar las haciendas que no les pertenecían y despojando gentes que vivían a dos mil leguas de España, lo cual pudieran justificar en mitad de la conquista, si quisieran tener paciencia para ello».

La causa de la dolencia pasada se originó de que las indias que iban violentadas en servicio de los españoles, echaron en la comida cierta yerba llamada tetec, y vulgarmente borrachera, que causa los efectos conformes al nombre que tiene, sin que pase a más daño que al referido; é hiciéronlo con el fin de poderse huir al tiempo que sus dueños estuviesen fuera de sí, como en efecto lo consiguieron muchas. Pero libres ya los nuestros del susto, y pasada la festividad, prosiguieron su marcha, y entrando por los términos del Zaque ó Rey, de Tunja, llegaron a Turmequé, no menos poblado y numeroso que Chocontá,

porque poco distante de la Corte del Zaque y frontera suya contra el Zipa de Bogotá.

Fuente: LUCAS FERNÁNDEZ DE PIEDRAHITA, *Historia General de las Conquistas del Nuevo Reino de Granada*, cap. II.

11. Muerte de Tisquesusa y Saquesagipa (o Sagipa) (1538)

Pedro de Aguado

El relato de Pedro de Aguado presenta uno de los incidentes más trágicos de la caída de los chibchas: la forma como murieron los dos últimos caciques, Tisquesusa y Sagipa o Saquesagipa.

En la primera parte vemos cómo los españoles tratan de capturar a Tisquesusa, quien se ha refugiado en la casa de monte, cerca a Cota, para escapar a las exacciones de aquellos. Aguado nos muestra, además, los intentos de resistencia hechos por los indígenas, hasta el momento en que el cacique, huyendo en la noche, cae bajo la lanza de un español que pensó dar muerte a uno más de los indios.

En la segunda parte, Aguado relata la muerte del sucesor de Tisquesusa, Saquesagipa o Sagipa, víctima de las torturas infligidas por los españoles para hacerlo revelar dónde estaba escondido el tesoro de sus antecesores. Es típico de los Quesada que para darle muerte se hubiera hecho un proceso «muy judicialmente, de suerte que no llevase nulidades»: Jiménez nombró incluso a su hermano, Hernán Pérez de Quesada, como defensor del cacique. Y es muy llamativo el esfuerzo de Aguado por narrar la historia acogiendo las versiones probablemente imaginarias de los españoles y apoyando sus justificaciones, como que el tesoro de Tisquesusa había pasado legítimamente al rey de España y otras argucias legales.

En este tiempo el Cacique e indios de Tunja, deseando ver al señor de Bogotá, su contrario y enemigo, y a sus gentes y sujetos en la misma calamidad y ruina que ellos habían padecido, no cesaban de decir al General y a sus Capitanes y soldados lo mucho que perdían en no ir a dar sobre Bogotá y sus gentes, al cual si prendían y sujetaban juntamente con él, habrían una gran suma de oro, porque

como señor más poderoso y tirano y que con más opresión trataba a sus sujetos y los despojaba de sus riquezas, y que pocos días antes había habido particulares victorias de donde así mismo en el despojo de ellas hubo gran cantidad de oro, haciéndole señor de muchas riquezas, y en la verdad no se engañaban, según en la común opinión que hoy hay de aquel cacique Bogotá, que gobernaba la Provincia cuando en ella entraron los españoles.

El General y los demás españoles, como aún hasta este tiempo les durase la indignación que contra Bogotá tenían, así por la burla que de ellos había hecho cuando en su Provincia estuvieron, prometiéndoles de salir de paz, como por las guazábaras que les dio, fácilmente se determinaron de volver sobre él y usar de toda presteza en el camino, para ver si lo podían haber a las manos, hallándole descuidado, y con su prisión, de más de castigar su bárbaro atrevimiento, conseguir la paz general de aquella provincia y de sus sujetos, como se había conseguido y alcanzado con la prisión de Tunja, mediante la cual todos los más de sus sujetos se habían pacificado; y así tomando el general Jiménez de Quesada consigo cierta gente de a pie y de a caballo, dejando la demás en guarda del señor Tunja y de sus riquezas, se partió la vía de Bogotá, caminando de noche y de día y haciendo más largas jornadas por abreviar en el camino y ver si podía haber a las manos a Bogotá, el cual en ninguna cosa vivía descuidado, porque tenía ya apercibida la gente de su Provincia y territorio, y mandándoles que en la hora que españoles entrasen por ella hiciesen ahumadas, las cuales se fuesen continuando de pueblo en pueblo hasta que el aviso llegase a él con presteza, y demás de esto teniendo noticia Bogotá de cómo Tunja había sido preso y se le habían tomado sus riquezas y le pedían más, tomó él las suyas y las puso en tan buen cobro por mano de un su Capitán general, hombre muy privado suyo, que hasta hoy no han parecido, con designio de ya que a él le prendiesen, no le despojasen de su ídolo de oro.

Y por estas causas fue en vano la presteza de que el General usó, porque aunque veinticuatro leguas que hay desde Tunja al pueblo de Bogotá, anduvo en poco tiempo, la mañana que llegó halló ya alzado al cacique Bogotá de su pueblo e ídose a la casa que llamaron del monte; y como para ir en su alcance no tenían guías ningunos, alojáronse en el pueblo de Bogotá donde la primera vez se habían alojado[24], y de allí luego el General comenzó a enviar algunos indios

amigos que le fuesen a hablar y tratar de amistades y confederaciones, dondequiera que estuviesen.

Y aunque estos mensajeros fueron y apostaron donde Bogotá estaba, la respuesta que les dio fue luego enviar gentes e indios de guerra para que acometiesen a los españoles e hiciesen todo el daño que en ellos pudiesen, de los cuales prendían algunos los nuestros, y queriéndolos enviar con mensajes donde su Cacique estaba para ver si podían traerlo a su confederación y amistad, los indios lo rehusaban, diciendo que más querían estarse con los españoles que volver a la presencia de su Cacique, el cual con su cruel tiranía los había luego de hacer volver con las armas en las manos contra los españoles, donde una vez u otra habían de ser muertos.

Pero era tanta la elación y soberbia de este Cacique, que con recibir su gente notables daños de los españoles, no cesaba de embrollar y tener continuamente cercado con sus escuadrones el alojamiento de los españoles, haciéndoles continuos acometimientos, de tal suerte que le fue forzado al General, porque con la continua resistencia no se le cansasen los soldados y caballos, dividir la gente que consigo tenía en tres tercios o escuadrones, para que por su orden peleasen, teniendo repartidos entre sí el tiempo del día y de las noches. Y verdaderamente tuvieron de esta vez puestos en grande riesgo los indios a los españoles, porque demás de ser ellos en muy mucha cantidad, favorecíalos el sitio en que se recogían, que eran unos lagos y pantanos hechos de las inundaciones del río de Bogotá, en medio de los cuales había ciertas islas donde los indios se recogían y desde allí salían a acometer a los españoles, y en siendo por ellos ahuyentados y rebatidos, y yendo siguiéndolos, se recogían en estos lagos, que demás de ser algo hondables, porque daba el agua de ellos a los pechos, eran muy cenagosos y llenos de medaño y tierra, por lo cual los de a caballo, que eran los que desbarataban los indios y los seguían, no osaban entrar tras de ellos por el lago, porque los caballos no se sumiesen en el cieno y fuesen muertos; y así aunque los indios siempre recibían daño y eran muertos muchos, con recogerse los que quedaban a las islas que en estos lagos había, eran luego proveídos de socorro de mucha y nueva gente que el señor Bogotá les enviaba para que con aquellos sus bárbaros y continuos acometimientos entretuviesen a los españoles, de suerte que no pudiesen irlos a buscar, amenazando a los indios

si les habían de hacer la guerra y se apartaban de donde los españoles estaban, los había de matar y consumir a todos.

Los españoles y su General, viendo que el guerrear llanamente, ni los muchos indios que habían muerto en las guazábaras y reencuentros no habían sido ni eran parte para echar de sobre sí aquella multitud de bárbaros, procuraron de usar de los agudos ardides que suelen; y así un día, habiéndose trabado escaramuza entre ellos y los indios, fingieron estar y ser la victoria de los indios, a fin de apartarlos de los lagos, donde se recogían, y juntamente con esto propusieron de no herir en la canalla de la gente común, sino en aquellas personas que por venir más señaladas en sus trajes y hábitos parecían ser Capitanes y principales. Y como los nuestros se fuesen retirando y dando a entender a los contrarios que habían recibido daño notable, ellos propusieron de seguirlos, y así apartándose mucha distancia de los lagos, siguieron a los españoles con designio de haber entera victoria de ellos; pero como a los nuestros les pareciese que estaban bien apartados los indios de su guarida, revolvieron sobre ellos, los cuales, volviendo la espalda, se dieron a huir vergonzosamente; y siguiendo los españoles al alcance no herían más de en aquellas personas que parecían ser principales, y la demás gente pasaban por ella como inútil.

Y esto les fue de mucho provecho, porque como después la multitud de los bárbaros se tornase a juntar y recoger en los lagos, fueron así mismo allí asaltados de los nuestros por la parte de la laguna que pareció tener mejor entrada, y faltándoles como les faltaba las cabezas y capitanes, y no teniendo al presente quien los oprimiese a entretenerse ni defenderse, dieron a huir desamparando de todo punto aquellos sitios donde tanto tiempo se habían defendido, y así fueron ahuyentados y echados de allí, de tal manera que nunca tan presto volvieron a dar grita a los españoles, los cuales siguieron en sus caballos tan obstinadamente, que aunque eran en gran cantidad los indios que huían, fue grande el número de los que quedaron muertos, y volviéndose de seguir el alcance, vieron los capitanes Maldonado y Lázaro Ponte estar dos indios escondidos en unas crecidas yerbas o masiegas, que creyeron ser algunos animales del campo que allí se habían recogido, y llevándolos al alojamiento les fue preguntada la causa de su estada allí, los cuales dijeron ser criados del cacique y señor Bogotá, el cual los había enviado a que viesen lo que pasaba y

sus indios hacían con los españoles, lo cual sabido por el General, procuró saber de ellos en qué lugar estaba alojado o escondido su señor Bogotá, el uno de los cuales, por ser más viejo y endurecido en su falsa fidelidad, no quiso decir ni declarar cosa alguna, por lo cual fue puesto a cuestión de tormento, atento lo que importaba para la paz universal el ser preso y descubierto Bogotá; y como con obstinación este bárbaro negase y por ello le fuesen arreciados los tormentos, fue miserablemente muerto en ellos.

El otro su compañero, que era más mozo, temiendo haber el mismo fin, declaró luego lo que le preguntaban y ofrecióse de llevar el General y españoles donde Bogotá estaba alojado y retraído; y partiéndose de noche a efectuar lo que tanto deseaban, fue el suceso tan avieso, que casi en todo quedaron burlados de la fortuna; porque como caminasen toda la noche hacia la casa del monte donde Bogotá estaba recogido y antes que fuese de día llegasen a ella y la asaltasen, los indios comenzaron a alborotarse y a huir saltando por diversas partes del cercado que allí tenían hecho, y como entre los demás huyese el mismo Bogotá, y por ser obscuro no fuese conocido, fue herido de ciertas heridas de las cuales fue a morir a un arcabuco o monte pequeño que cerca de allí estaba.

Esta muerte de Bogotá unos la atribuyen que la hicieron y causaron hombres de a caballo que estaban alrededor del cercado, lanceándolo; y otros a un Domínguez, peón y ballestero, diciendo que este Bogotá no estaba en su cercado y bohíos principales por costumbre de sus mayores que usaban en tiempo de guerra para más seguridad de sus personas estar apartados y fuera de las casas principales en otras comunes y menos conocidas, y que usando Bogotá de esta antigualla, estaba en este tiempo y sazón fuera del cercado principal, en un pequeño bohío con ciertas mujeres suyas, donde llegó este soldado Domínguez y lo hirió de las heridas de que murió en efecto. Él fue muerto en este asalto, según después pareció, y aunque fue saqueada la casa y alojamiento donde Bogotá estaba, en ella no se halló ninguna notable riqueza, porque como se ha dicho, este Cacique, temiendo su infeliz suceso y en lo que había de venir a parar, la tenía escondida en parte donde nunca más ha parecido, y así el General, como no halló nada de lo que buscaba, dio la vuelta adonde solía estar alojado, en los antiguos cercados de Bogotá, en la cual jornada los indios, no habiendo visto ni entendido la muerte de su Cacique, fueron siguiendo con sus armas a los españoles con pertinacia, procurando damnificarles y hacerles todo el mal que

pudiesen, y aunque alguna gente de a caballo iba en la retaguardia para ahuyentar los indios que los seguían, no por eso dejaban de irles dando alcances, aunque recibían harto más daño que hacían, hasta que bajaron al llano, donde los caballos pudieron mejor ser señores del campo, y de todo punto echaron de sí aquella multitud de bárbaros que los seguían.

Llegados el General y sus soldados al viejo alojamiento, se estuvieron en él algunos pocos de días por ver si habría entero efecto lo de la paz que pretendían, en los cuales nunca se pudo conseguir más paz ni conformidad que la de antes, que era lo que los caciques de Chía, y Suba, y Tunja habían dado al principio y conservado, lo cual visto por el General se volvió otra vez a Tunja, donde había dejado el resto de la gente.

Los indios de Bogotá, después que hallaron muerto su Cacique, le hicieron enterrar con su acostumbrada solemnidad, y lo pusieron con parte de su oro donde no ha sido hasta ahora hallado, aunque dicen que la muerte de este Cacique no fue tan llorada ni sentida de sus sujetos como las de otros sus antecesores, por respecto de tratarlos tan dura y tiránicamente como los trataba [...]

Certificado el General de la muerte de Bogotá por algunos Caciques e indios que se lo decían, parecióle ser cierto sólo por ver que generalmente los indios de la Provincia de Bogotá le salían de paz y procuraban su amistad, lo cual en vida de su Cacique jamás habían hecho por la opresión en que el bárbaro los tenía, de los cuales el General procuró inquirir y saber lo que se había hecho de las riquezas y oro que Bogotá en el tiempo de su tiranía había juntado y habido, los cuales le dijeron que antes que muriese había dado todo el oro y esmeraldas que tenía a un indio muy privado suyo y que en las cosas del gobierno y de la guerra era como su Teniente y Capitán general; el cual no sólo se había alzado y quedado con todo ello, pero que después de muerto el cacique Bogotá se había él tiránicamente hecho señor de la tierra, y entrándose en el Cacicazgo que era de Bogotá, no viniéndole de derecho o por la costumbre que de tiempo antiguo había acerca de la sucesión de aquel Cacicazgo, que era que demás de haber de ser el sucesor hijo de la hermana menor del señor de Bogotá, había de ser primero cacique de Chía y desde allí había de pasar a serlo de Bogotá, y que en esta sazón a los españoles les era notorio era vivo el cacique de Chía, a quien de derecho venía el Cacicazgo de Bogotá, el cual desde el principio había sido

amigo de los españoles y conservado su amistad hasta este tiempo; y que este privado de Bogotá, que se había alzado con el Estado, demás de no pertenecerle, era un hombre tan soberbio y tirano como el muerto Bogotá, y que siempre había seguido sus pisadas y aun temían todos que había de ser más cruel y riguroso que el muerto, por lo cual todos en general aborrecían su gobierno y deseaban verle fuera de él; lo cual sabido y entendido por el General, procuró y supo el alojamiento de este nuevo tirano que por su propio nombre era llamado Sagipa.

Y porque no le sucediese con él lo que con Bogotá, no quiso ir a dar en su alojamiento, mas envióle con algunos indios a decir que no estuviese obstinado en seguir la opinión de su antecesor Bogotá, si no quería haber el mismo fin, mas que luego viniese a la amistad de los españoles y reconociese el vasallaje a su Rey, como era obligado. Estaba fortificado en una alta sierra que cae las vertientes de las tierras de los indios llamados panches. Y así mismo el General entendió en atraer a sí a los demás Caciques y señores principales de la Provincia porque aunque como se ha dicho, los más estaban de paz, jamás por sus personas habían visitado al General, mas enviábanle con sus indios y sujetos los mantenimientos necesarios y algunos presentes de oro y esmeraldas y aun al principio usaron de una invención graciosa, y fue que como algunos indios salían de paz, el General enviábalos que fuesen a llamar a sus Caciques para verlos, y como los Caciques supiesen que los enviaba a llamar, componían y adornaban de sus trajes y hábitos cacicales, que son algo diferenciados de los que tienen otros indios, a otros de aquellos bárbaros, a los cuales enviaban con título de Cacique adonde el General estaba, con los cuales, en presencia de los españoles, usaban los indios inferiores de las propias ceremonias y veneraciones que si fueran los mismos principales, porque así les era mandado.

El General, creyendo que lo fingido era natural, hacía todo regalo a estos falsos Caciques y dábales bonetes y camisas de España y otras cosas con que iban muy contentos, que no poco provecho hacían para que después los señores naturales viniesen de paz, porque como supiesen que el General con algunos de los suyos comenzaba ya a entrar por sus tierras para por fuerza hacerles que hiciesen lo que antes de grado no habían querido hacer, temiendo el mal suceso de Bogotá y de otros muchos que en las guerras que habían principiado fueron muertos, y viendo el buen tratamiento que a los que salían de paz se les hacía, se venían todos a congratular y a ganar por la mano antes que los españoles

llegasen a sus alojamientos y rancherías donde se habían retirado, y así con algunas salidas que a diversas partes se hicieron, fueron traídos a la amistad de los españoles todos los más de los Caciques y señores principales, y personalmente venían adonde el General estaba alojado a verle.

Los mensajeros que habían ido donde Sagipa, nuevo tirano de Bogotá, estaba alojado y fortalecido, volvieron sin efectuar cosa ninguna porque pretendía seguir las pisadas de su antecesor, y aunque después por muchas veces fue rogado por el General, mediante los mensajeros que le eran enviados, a que viniese en la amistad de los españoles y a reconocer el dominio a su Rey y señor, jamás se movió si no fue a hacer el mal y daño que podía, enviando desde lo alto de la sierra donde estaba los indios de su opinión a que hiciesen mal en los que servían a los españoles, y así bajaban tan desvergonzadamente, que muchas veces daban en los indios que andaban a coger yerba para los caballos y los mataban.

El General, vista la rústica desvergüenza de este nuevo tirano, determinó de irlo a buscar a su alojamiento; aunque muchas veces salió de donde estaba con gente a buscarlo, nunca pudo dar con él, porque como este Sagipa había visto que mediante el caminar de noche habían dado en el Cacique Bogotá y lo habían prendido o muerto, jamás se aseguró en un lugar, mas muchas o las más noches le acontecía anochecer en una parte y amanecer en otra, y viendo que con esta diligencia y solicitud no lo podía haber, y como ya en este tiempo los más de los Caciques, mediante la buena diligencia de los españoles y de su General, estuviesen en paz, les mandó el General que en ninguna manera favoreciesen a Sagipa, que se intitulaba nuevo Cacique de Bogotá, con comidas, ni lo visitasen, ni en sus casas recibiesen ellos, ni sus sujetos, ninguno de los indios que andaban amotinados y seguían la opinión y rebelión de Sagipa.

Fue este precepto del General tan guardado y cumplido por los Caciques e indios amigos, que en pocos días constriñeron al tirano Sagipa a que viniese a convidar al General su amistad, y esto lo hizo tan pesadamente, que después de haberse ofrecido de ser amigo, gastó muchos días en mensajes y preámbulos, primero que quisiese venir personalmente adonde los españoles estaban; mas al fin lo hizo constreñido de temor y necesidad, que de una a otra parte le cercaban, y con toda la más de su gente, representando aquella bárbara autoridad y rústico señorío y majestad, vino un día adonde el General estaba, el cual lo recibió con

mucha alegría y contento, y dándole algunas cosas de España que entre estos bárbaros son estimadas, y muchas cuentas de valor que entre ellos se usan por moneda, lo despidió diciéndole y amonestándole que si pensaba conservar la amistad de los españoles, que no se volviese a la sierra, si no que habitase en su población y en ella permaneciese.

El Cacique y tirano Sagipa se volvió muy contento con el buen recibimiento que se le había hecho, y donde en adelante por algunos días no dejó de visitar al General personalmente y con mucha familiaridad, sin tener ni dar muestras de ningún resabio, porque jamás el General le habló ni trató del oro de Bogotá, con que se había alzado, porque pretendía primero con prudencia, por halagos y buenas obras, obligar a este tirano a que de su voluntad diese lo que no era suyo ni le pertenecía, pues propiamente era hacienda de Bogotá su antecesor que por su rebelión y obstinada alteración que contra los españoles había tenido en no haber querido dar la obediencia a Su Majestad, aunque le había sido requerido por muchas veces, se entendía haber incurrido en perdimiento de todo ello y pertenecer al Rey o a los españoles presentes; y por esta vía pretendía el General que este Sagipa le entregase pacíficamente el oro y esmeraldas de Bogotá, dejado aparte que, como se ha dicho, este señorío y cacicazgo de derecho le venía y pertenecía al cacique de Chía, a quien por su primera paz y conservación de ella tenían obligación de favorecer el General y sus soldados y ampararlo en su cacicazgo; pero todo esto se dejaba para mejor ocasión.

En este tiempo tuvo el cacique Sagipa necesidad de entrar a hacer guerra en la tierra de los panches, enemigos antiquísimos de la gente mosca, y para entrar más seguro y haber más entera victoria, rogó al General que le fuese a ayudar con su gente, el cual para más obligar a su amistad y a lo que de él pretendía, fue con quince hombres de a caballo y algunos peones en compañía de Sagipa, que llevaba arriba de cinco mil indios de guerra, y entrando por las tierras y poblaciones de los panches, hicieron en ellas todo el daño que pudieron, y después de haber corrido mucha parte de la tierra de los panches, comarcana a la de los moscas, y haberla arruinado toda y muerto muchos indios, se volvieron al valle de Bogotá que llamaban de los Alcázares, y después de haber llegado al alojamiento de los españoles, el General se determinó de hablar a Sagipa para que le entregase el oro y esmeraldas del cacique Bogotá, su antecesor, y poniendo en efecto su plática, le dijo que bien sabía cómo el señor de Bogotá era

muerto, el cual siempre había estado rebelde contra el servicio de Su Majestad, y en señal de su rebelión y alteración había con continuas guerras perseguido a los españoles, por lo cual tenía perdido el oro y esmeraldas y otra hacienda cualquiera que poseyese, todo lo cual era notorio que él lo tenía y poseía; que le rogaba que pues los españoles habían de permanecer en aquella tierra y a él le era necesaria su amistad, que si quería conservarla, le entregase todo el oro y esmeraldas que de Bogotá el muerto tenía en su poder.

Sagipa respondió que era verdad que él lo tenía y poseía y que era contento de darlo y entregarlo todo, sin que quedase cosa ninguna, y porque le fue interrogada la cantidad que sería de oro, y el término a que se ofrecía a entregarlo, dijo que el oro que él tenía de Bogotá que había de entregar, sería en tanto cuanto cabía en cierto aposento pequeño que allí estaba y tenía presente, que era muy gran cantidad, y tres escudillas muy grandes llenas de finas esmeraldas, y que lo daría dentro de veinte días, sin que en ella hubiese falta, y todo esto prometía el bárbaro creyendo que lo habían de dejar ir por el oro; pero el General, que ya entendía hasta dónde se extendía la verdad de estos bárbaros, le dijo que para que su palabra se cumpliese y hubiese efecto lo que decía, se quedase aquellos veinte días en el alojamiento, porque si se viese fuera de él no le pareciese hacer otra cosa, pues era general costumbre entre los indios no guardar ni cumplir su palabra con integridad.

El cacique y tirano Sagipa dio muestras de no pesarle lo que el General hacía en tenerle allí, respondiendo que él era muy contento de ello, y así luego envió por sus mujeres y criados y los tuvo allí, sirviéndose con autoridad de Cacique todo el término de los veinte días, y en los cuales nuestro General y españoles se hallaron los más ricos hombres del mundo, considerando las riquezas que Sagipa les había prometido de ponerles en las manos, porque si lo que este bárbaro decía que había de dar, diera y cumpliera, para cada español había un buen quintal de oro y aun dende arriba, sin las esmeraldas, que eran de gran valor. Pero los veinte días se pasaron y tras de ello otros veinte, y por aquí se fueron multiplicando y acrecentando los términos y plazos, y con el no cumplir su promesa, comenzó Sagipa a perder de su autoridad y a ser menos bien tratado que de antes, porque pretendió cumplir con solas palabras y aun lo hizo así aunque a su costa; porque pasa de esta manera: que como este bárbaro, o por no tener lo que había dicho que daría o por no despojarse de ello, hubiese traído

muchos días en palabras y mentiras al General, fue molestado con algunas prisiones, para ver si por esta vía sacarían de él virtud, y como tampoco esto aprovechase, los Capitanes y soldados pusieron acusación al Sagipa ante su General, diciendo que se había alzado con aquel oro y esmeraldas de Bogotá, que por las causas arriba referidas pertenecía al Fisco Real y a ellos; y hechas las informaciones necesarias con los propios indios de la tierra que dijeron todo lo que querían y sabían, fue condenado el pobre preso a cuestión de tormentos para que declarase el oro y esmeraldas de Bogotá, siendo ante todas cosas proveído de curador; y substanciándose el proceso muy judicialmente de suerte que no llevase nulidades, como cosa que tanto importaba, puesto a cuestión de tormento, este miserable dijo que le llevasen los españoles donde él los guiaría y que allí estaba enterrado el oro y lo sacarían todo.

Luego fue sacado de la prisión y encargado a buenos soldados, que con todo recaudo y custodia lo llevasen por donde él los guiase, el cual los llevó por muy ásperas sierras y despeñaderos, de uno de los cuales, como hombre desesperado, se quiso arrojar adonde en poco espacio de tiempo quitara su persona de los temporales tormentos a que estaba condenado y a sus adversarios de congoja y trabajo; pero fue detenido de los que lo llevaban por una cabuya y gruesa soga que por fiador llevaba al pescuezo; y visto que la intención de este Cacique era buscar modos cómo irse de poder de los españoles, muerto o vivo, lo volvieron a la prisión donde le fueron renovados los tormentos para que declarase dónde tenía el oro; pero como pertinazmente lo negase todo, y por ello se le fuesen agravando las penas, dentro de pocos días murió en la prisión y tormento, sin dar más que la esperanza que al principio había dado, y así fue llevado y sepultado por sus sujetos y parientes, aunque universalmente todos los indios, como se ha dicho, aborrecían el señorío de este Sagipa por ser tan tirano como Bogotá, y por eso no fue sentido ni llorada su muerte por todos los de las Provincias sujetas a Bogotá, según lo acostumbran hacer en muertes de semejantes señores y Caciques.

---

[24] Es decir, en Funza.

12. El gran mito de El Dorado

La conquista española fue una empresa movida por el oro. Ya desde Colón, quien buscó obsesivamente minas de este metal, el principal motor de la actividad hispánica fue el metal precioso. El territorio colombiano, rico en minas y en grupos indígenas capaces de trabajarlas, parecía ofrecer una promesa de riquezas inverosímiles. Estas ilusiones se fueron configurando en el mito de El Dorado, que fue tanto el mito de un país lleno de oro como el de un cacique recubierto de oro. En las primeras épocas de la conquista, Dabeiba fue para los españoles del Darién su particular Dorado. Luego Belalcázar tropezó en Popayán con la historia de que en tierras de los chibchas se realizaba el ritual de El Dorado. Es este el núcleo principal del mito, y se narra en los textos de Rodríguez Freyle y de Pedro Simón. Pero los dorados, apenas encontrados, se desvanecían: a pesar de las riquezas halladas en tierras de Bogotá, los españoles seguían viendo otros Dorados en el futuro. En las selvas orientales se fue dibujando un Dorado diferente, un pueblo riquísimo con ciudades extraordinarias. Desde Venezuela se intentó hallarlo, y Hernán Pérez, según la narración de Pedro de Aguado, lo buscó durante tres años, hasta desembocar en Sibundoy, en 1542. El mito no concluyó allí, y Gonzalo Jiménez intentó una nueva expedición en 1557; también Antonio de Berrío, en 1583, fue a la búsqueda de la «otra serranía que ahora se ha descubierto que llaman El Dorado».

El Cacique Guatavita y la leyenda de El Dorado

Juan Rodríguez Freyle

Yo en mi mocedad, pasé de este Reino a los de Castilla, a donde estuve seis años. Volví a él y he corrido mucha parte de él, y entre los muchos amigos que tuve fue uno don Juan, cacique y señor de Guatavita, sobrino de aquel que hallaron los conquistadores en la silla al tiempo que conquistaron este Reino; el cual sucedió luego a su tío y me contó estas antigüedades y las siguientes.

Díjome que al tiempo que los españoles entraron por Vélez al descubrimiento de este Reino y su conquista, él estaba en el ayuno para la sucesión del señorío de su tío; porque entre ellos heredaban los sobrinos hijos de hermana, y se guarda esa costumbre hasta hoy día; y que cuando entró en este ayuno ya él conocía mujeres; el cual ayuno y ceremonias eran como se sigue.

Era costumbre entre estos naturales, que el que había de ser sucesor y heredero del señorío o cacicazgo de su tío, a quien heredaba, había de ayunar seis años, metido en una cueva que tenían dedicada y señalada para esto, y que en todo este tiempo no había de tener parte con mujeres, ni comer carne, sal ni ají, y otras cosas que les vedaban; y entre ellas que durante el ayuno no habían de ver el sol; sólo de noche tenían licencia para salir de la cueva y ver la luna y estrellas y recogerse antes que el sol los viese; y cumplido este ayuno y ceremonias se metían en posesión del cacicazgo o señorío, y la primera jornada que habían de hacer era ir a la gran laguna de Guatavita a ofrecer y sacrificar al demonio, que tenían por su dios y señor.

La ceremonia que en esto había era que en aquella laguna se hacía una gran balsa de juncos, aderezábanla y adornábanla todo lo más vistoso que podían; metían en ella cuatro braseros encendidos en que desde luego quemaban mucho moque, que es el sahumerio de estos naturales, y trementina con otros muchos y diversos perfumes.

Estaba a este tiempo toda la laguna en redondo, con ser muy grande y hondable de tal manera que puede navegar en ella un navío de alto bordo, la cual estaba toda coronada de infinidad de indios e indias, con mucha plumería, chagualas y coronas de oro con infinitos fuegos a la redonda, y luego que en la balsa comenzaba el sahumerio, lo encendían en tierra, en tal manera, que el humo impedía la luz del día.

A este tiempo desnudaban al heredero en carnes vivas y lo untaban con una tierra pegajosa y lo espolvoreaban con oro en polvo y molido, de tal manera que iba cubierto todo de este metal. Metíanle en la balsa, en la cual iba parado, y a

los pies le ponían un gran montón de oro y esmeraldas para que ofreciese a su dios. Entraban con él en la balsa cuatro caciques, los más principales, sus sujetos muy aderezados de plumería, corona de oro, brazales y chagualas y orejeras de oro, también desnudos, y cada cual llevaba su ofrecimiento.

En partiendo la balsa de tierra comenzaban los instrumentos, cornetas, fotutos y otros instrumentos, y con esto una gran vocería que atronaba montes y valles, y duraba hasta que la balsa llegaba al medio de la laguna, de donde, con una bandera, se hacía señal para el silencio.

Hacía el indio dorado su ofrecimiento echando todo el oro que llevaba a los pies en el medio de la laguna, y los demás caciques que iban con él y le acompañaban, hacían lo propio; lo cual acabado, abatían la bandera, que en todo el tiempo que gastaban en el ofrecimiento la tenían levantada, y partiendo la balsa a tierra comenzaba la grita, gaitas y fotutos con muy largos corros de bailes y danzas a su modo; con la cual ceremonia recibían al nuevo electo y quedaba reconocido por señor y príncipe.

De esta ceremonia se tomó aquel nombre tan celebrado del Dorado, que tantas vidas ha costado, y haciendas. En el Perú fue donde sonó primero este nombre dorado; y fue el caso que habiendo ganado a Quito, donde Sebastián de Belalcázar andando en aquellas guerras o conquistas topó con un indio de este Reino de los de Bogotá, el cual le dijo que cuando querían en su tierra hacer su rey, lo llevaban a una laguna muy grande y allí lo doraban todo, o le cubrían de oro, y con muchas fiestas lo hacían rey. De aquí vino a decir el don Sebastián «vamos a buscar este indio dorado».

De aquí corrió la voz a Castilla y a las demás partes de Indias, y a Belalcázar le movió venirlo a buscar, como vino, y se halló en esta conquista y fundación de esta ciudad.

Leyenda de la Cacica de Guatavita e intento de desaguar la laguna

Pedro Simón

El fundamento, pues, que hubo de donde se han levantado estas polvaredas del Dorado fue de esta suerte: recién poblada la ciudad de San Francisco de Quito por el capitán Sebastián de Belalcázar, el año de 1534, siendo Adelantado del Perú don Francisco Pizano y su Teniente General el Belalcázar. Este capitán andando con cuidado inquiriendo por todos los caminos que podía, sin perder ocasión de todas las tierras y provincias de que pudiese tener noticias entre los demás indios de quien se andaba informando, la hubo de que había allí en la ciudad un forastero y preguntándole por su tierra, dijo que se llamaba Muequetá y su cacique Bogotá, que es este Nuevo Reino de Granada que los españoles le llamaron Bogotá, y preguntándole si en su tierra había de aquel metal que le mostraban, que era oro, respondió ser mucha la cantidad que había y de esmeraldas que él nombraba en su lenguaje, piedras verdes, y añadía que había una laguna en la tierra de su cacique, donde él entraba algunas veces al año, en unas balsas bien hechas, al medio de ellas, yendo en cueros pero todo el cuerpo lleno desde la cabeza a los pies y manos de una trementina muy pegajosa y sobre ella echado mucho oro en polvo fino, de suerte que cuajando el oro toda aquella trementina se hacía todo una capa o segundo pellejo de oro, que dándole el sol por la mañana, que era cuando se hacía este sacrificio y en día claro, daba grandes resplandores, y entrando así hasta el medio de la laguna, allí hacía sacrificio y ofrenda arrojando al agua algunas piezas de oro y esmeraldas, con ciertas palabras que decía y haciéndose lavar con ciertas yerbas como jaboneras todo el cuerpo, [caía] todo el oro que traía a cuestas en el agua, con que se acababa el sacrificio y se salía de la laguna y vestía sus mantas. Fue esta nueva tan a propósito de lo que se deseaba el Belalcázar y sus soldados que estaban cebados para mayores descubrimientos que iban haciendo en el Perú, que se determinaron hacer este de que daba noticia el indio, confiriendo con ellos qué nombre le daría para entenderse y diferenciar aquella provincia de las demás de sus conquistas, determinaron llamarle la provincia del Dorado que fue como decir llámase aquella la provincia donde va a ofrecer sus sacrificios aquel hombre o cacique con el cuerpo dorado.

Esta es la raíz y tronco de donde han salido por el mundo las extendidas ramas de la fama del Dorado y fuera de esto todo lo demás es pura ficción, sin cosa sobre que caiga, si no es que lo fingen donde lo ponen, el deseo que tienen de hallar tanto oro que puedan dorarse y así poder llamar a la tierra que tan

abundante se descubriese, otro dorado, y de esta suerte irlos multiplicando hasta los que quisieren.

Pero para que sepa el lector el fundamento de que el indio tuvo para decir lo que dijo de esta su tierra de Bogotá, habré de hacer aquí una forzosa digresión: que entre las demás supersticiones que tenían los indios de este Nuevo Reino en ofrecer sus sacrificios a sus fingidos y falsos dioses, entre los cuales ponían en primer lugar al sol, era ofrecerles sacrificios en las aguas, no porque tuviese a las aguas por dioses, sino porque el demonio, cuyas eran las trazas por donde estos miserables se gobernaban, se las tenía dadas de manera que lo honrasen a él en las aguas queriendo con su depravada voluntad igualarse un rato con Dios, que tanto se da por honrado y servido en las aguas, como lo dio a entender luego a los primeros pasos de la creación del mundo el Espíritu del Señor andaba sobre las aguas. [...]

Lo cual, así determinado por el demonio y obedecido por ellos hacían estas ofrendas no [en] cualesquiera aguas, sino en aquellas que parecía había alguna particular razón por ser extraordinario su sitio, asiento o disposición, como en partes extraordinarias de ríos, como lo hacían en una parte peñascosa del de Bosa, cuando pasa por cerca de un cerro que llaman Tabaco: dos leguas y media de esta ciudad de Santafé; en lagunas de sitios y puestos peregrinos, como se hacía en una cuesta cerca de este paso del río en la mitad de tierra que hay desde él al pueblo de Suacha, llaman a este puesto Bochachío, pero entre todas estas partes el más frecuentado y famoso adoratorio fue la laguna que llaman de Guatativa, que está una legua poco más del pueblo así llamado, de quien ya dejamos dicho algo. Esta laguna tiene mil razones de las que los indios buscaban y el demonio pedía para hacer en ella sus ofrecimientos porque está en la cumbre de unos muy altos cerros, a la parte del Norte, cáusase de unas fuentezuelas o manantiales que salen de lo alto del cerro que la sobrepuja que manaron por todos como un brazo de agua que es la que de ordinario sale de la laguna o poca más, aunque puede ser tenga otros manantiales dentro del agua, que aún no se ha podido saber, por ser tan profunda. La cual no tiene de ancho en redondo, aunque un poco aovada, más de un tiro largo de piedra; a la redonda subirá por partes el cerro desde la agua otro tiro por lo más alto porque no están parejas las cumbres que la cercan; algunos árboles bajos como los consiente la frialdad del

páramo donde están, cercan sus riberas de sus aguas claras, aunque no gustosas por picar un poco su sabor de agua de bomba.

Aquí, pues, como en lugar acomodado de los que el demonio pedía se solían hacer algunos ofrecimientos con el modo que él les tenía ordenado, el cual se solía aparecer en las mismas aguas en figura de un dragoncillo o culebra grande y en apareciendo le habían de ofrecer algún oro o esmeraldas, para lo cual les estaban con vigilancia los jeques aguardando en unas chozuelas de la vera del agua; duraron estos ofrecimientos que eran muy en grueso hasta que se aumentaron después con lo que sucedió después a la mujer del cacique de Guatavita, el cual en tiempos muy atrasados cuando todos los caciques gozaban libremente de su señorío, antes que el Bogotá tiránicamente los sujetase, era el más poderoso señor que había en este reino de los moscas, conociéndole superioridad muchos caciques sus convecinos, no por modo de tiranía ni servidumbre, como después sucedió con el Bogotá, sino por un respeto y reverencia que le tenían como a mayor señor y de mayor linaje, sangre y prendas.

Sucedió pues, que en aquella edad que entre las mujeres que tenía estaba una de tan buenas partes en sangre y hermosura que así como en esta excedía a las demás también las excedía la estimación que hacía de ella el Guatavita, la cual no advirtiendo la cacica como debiera, hízole traición con un caballero de los de la corte, y no tan en secreto que no llegara a los oídos del marido, el cual puso tan buena diligencia en haber a las manos al adúltero, y presto le cayó en ellas y desde ellas en aquel cruel tormento de muerte que usaban en tales casos como era empalarlos, habiéndole primero hecho cortar las partes de la puridad, con las cuales hizo castigar a la mujer, sin darle otro castigo que dárselas a comer guisadas, en los comistrajes que ellos usaban en una fiesta que se hizo por ventura sólo para el propósito en público por serlo ya tanto el delito, de que fueron tan grandes los sentimientos de la mujer que no hubieran sido mayores si hubiese pasado por la pena del agresor a que se añadieron otros no menores, cantando los indios el delito en sus borracheras y corros, no sólo en el cercado y casa del cacique, a la vista y oídos de la mujer, sino en los de todos sus vasallos, ordenándolo así el Guatavita por escarmiento de las demás mujeres y castigo de la adúltera.

En la cual fueron creciendo tanto los sentimientos de estas fiestas, amargas para ella, que por huir de ellas trató de huir de esta vida con desesperación para entrar en mayores tormentos en la otra, y así un día en que halló la ocasión que deseaba se salió del cercado y casas de su marido, a deshora, con el mayor secreto que pudo, sin llevar consigo más que una muchacha que llevaba cargada una hija que había parido poco había de su marido el cacique, y caminando a la laguna, apenas hubo llegado cuando, por no ser sentida de los jeques que estaban a la redonda en sus chozuelas, arrojó a las niñas al agua y ella tras ellas donde se ahogaron y fueron a pique, sin poderlas remediar los mohanes que salieron de sus cabañas al golpe que oyeron en el agua, aunque conocieron luego por ser de día quién era la que se había ahogado, y así viendo no tenía aquello remedio, partió uno de ellos a mayor correr a dar aviso al cacique del desgraciado suceso, el cual partiendo al mismo paso por la laguna con ansias mortales por no haberse persuadido que los sentimientos hubiesen traído a tal estado a su mujer que hiciese aquello, y por la desgracia de su hija; luego que llegó y no las vio por haberse ya sumido los cuerpos (que pretendía sacar si estuviesen sobreaguados), mandó a uno el mayor hechicero de los jeques que hiciese como sacase a su mujer e hija de aquel lago. El jeque trató luego con sus vanas ceremonias y supersticiones de poner por obra lo que se le ordenaba, para lo cual mandó luego encender lumbre a la lengua del agua y poner en las brasas unos guijarros pelados hasta que quedasen como las demás brasas y estándolo ya y él desnudo, echólos en el agua y él tras ellos zabulléndose sin salir de ella por un buen despacio, como lo hace un buen nadador o buzo, como él era, hasta que salió solo como entró diciendo que había hallado a la cacica viva, (embuste que el demonio le puso en la imaginación) y que estaba en unas casas y cercado mejor que el que deseaba en Guatavita y tenía el dragoncillo en las faldas, estando allí con tanto gusto que aunque le había dicho de parte de su marido el que tendría en que saliera y que ya no trataría más del caso pasado, no estaba de este parecer pues ya había hallado descanso de sus trabajos a que no quería volver, pues él había sido causa de que le dejasen ella y su hija, a la cual criaría allí donde estaba para que la tuviese compañía.

No se quietó el cacique con el recado del jeque y así diciéndole que le sacase siquiera a su hija, la hizo buscar otra vez con los mismos guijarros hechos ascuas y volviendo a salir traía el cuerpo de la niña muerto y sacados los ojos, diciendo

se los había sacado el dragoncillo estando todavía en las faldas de la madre, porque no siendo la niña sin ojos, ni alma, de provecho entre los hombres de esta vida, la volviesen enviar a la otra con su madre que la quedaba aguardando, a que acudió el cacique por entender así lo ordenaba el dragoncillo a quien él reverenciaba tanto, y así volvió a mandar echar el corpezuelo a la laguna donde luego se hundió, quedando el Guatavita sin poder consolarse en nada por lo mucho que quería la hija y madre, no obstante la que había usado con él.

No fue perezosa la fama en divulgar por toda la tierra este supuesto y así en lo que tuvo de verdad como de fabuloso y mentira, como lo era el decir se estaba la cacica viva, después de haber muerto en las aguas de la laguna, lo cual se creyó con la facilidad que la verdad del caso, porque el enemigo de ella disponía los ánimos a que se persuadiesen a ello, con que también lo quedaron a ser verdad lo que ya les tenía introducido de que después de muertos había otra vida donde comían y bebían y eran servidos de sus criados como en esta. Por donde se venían a perder más temprano tantas almas como eran las de aquellos criados que enterraban consigo vivos los caciques y señores, demás de sus comidas y bebidas, armas, vestidos y telas con que hacer otros en rompiéndose aquellos con que los enterraban. Luego comenzaron a tener fuerzas los sacrificios que se hacían en la laguna, yendo con ellos allí en todas sus necesidades, pareciéndoles a los vasallos del Guatavita que pues estalla allí viva su cacica se las remediaría, y lo mismo hacían los que no lo eran a quien había llegado esta fama que fue por largas tierras, viniendo de todas con sus oblaciones a la laguna y así había muchas carreras o caminos anchos que estos indios usaban para ir a sus santuarios que llegaban a la laguna y cada pueblo tenía y conocía el suyo que guiaba desde aquella parte por donde venían, como el de Tunja o Chocontá, Ubaté, Bogotá, etc., por donde entraban a hacer sus sacrificios, que venían hechos desde media legua antes de llegar a la laguna, como los hallaron los españoles y aún hoy se conocen, y yo lo he visto; los sacrificios se hacían por medio de los jeques.

El demonio viendo lo bien que le había salido la traza, para asegurarlos más en aquellas vanas supersticiones, se aparecía de cuando en cuando sobre las aguas de la laguna, en figura, gesto y talle de la cacica desnuda de medio para arriba, y de allí para abajo ceñida de una manta de algodón colorada, y diciendo algunas cosas que habían de suceder de las que pueden de las disposiciones y

causas naturales que él también conoce, como que había de haber secas, hambres, enfermedades, muertes de tal o tal cacique que estaba enfermo. Desparecíase cuando los miserables persuadidos en que la cacica era la poderosa para enviar o quitar por su mano aquello que había dicho, y veían que sucedía, con que no perdonaban el buen oro, joyas, esmeraldas, comidas y otras cosas que no ofreciesen en todas sus necesidades, usando de esta ceremonia en el ofrecimiento: tomaban dos cuerdas que pudiesen atravesar la laguna por el medio y cruzándolas de una parte a otra, en la cruz que hacía se venía a conocer el centro o medio de la laguna, a donde iban los jeques y la persona que hacía el ofrecimiento en unas balsas que son de haces de eneas o espadañas secas, juntos y atados unos con otros, o de palos con que se hace un modo de barca donde pueden ir tres o cuatro o más personas, según son de anchas y largas, con que también se pasan los ríos donde no hay puentes. Con éstas, pues, llegaban al medio de las aguas de la laguna y allí con ciertas palabras y ceremonias, echaban en ella las ofrendas, menores o mayores, según la necesidad porque se hacía y el posible del que la hacía, viniendo a ser algunas de tanto valor, como hemos dicho hacía el cacique Guatavita, dorándose el cuerpo, por donde vino a decir el indio en la ciudad de Quito, lo que dijo, y los españoles ponerle a esta provincia el nombre del Dorado.

Y porque concluyamos con lo que hay que decir de esta laguna, digo que como este era su principal santuario y común de toda la tierra y aunque hay quien diga haber sido entierro de algunos caciques, mandando cuando morían echar en aquellas aguas sus cuerpos y sus riquezas, cuando se fue divulgando que entraban unos hombres barbudos y buscaban con cuidado el oro entre los indios, sacaron muchos el que tenían guardado, llevándolo y ofreciéndolo en la laguna, o rogando con aquel sacrificio que les librara la cacica de aquellos hombres que entraban por sus tierras como las demás plagas que les solían venir, o queriendo más tenerlo ofrecido en su santuario que en sus casas y a peligro que lo hubiesen a las manos los españoles. Hicieron esto algunos en tanta cantidad de oro que sólo el cacique del pueblo de Simijaca echó en esta laguna cuarenta cargas que llevaron cuarenta indios desde el pueblo a la laguna, como se verificó de ellos mismos, y del cacique sobrino y sucesor en el cacicazgo, al que lo envió que fue el que iba con los indios que lo llevaban, y lanzó en la laguna, que cuando menos serían cuarenta quintales de oro fino. Tomóse motivo para

averiguar esta verdad de que el encomendero del pueblo que es el capitán Gonzalo de León Venero, persuadiendo al cacique que se llamaba don Alonso, que le mostrase algunos santuarios pues era mejor servirse del oro que tenerle en ellos sin provecho ofrecido al demonio, la respondió el indio de amistad y con secreto que si desaguaba la laguna de Guatavita, sacaría infinitas riquezas, porque su tío sólo había enviado con él las cargas de oro referidas, de que se hizo averiguación ser así, y haber hecho otros muchos lo mismo, unos con más, otros con menos.

De cuya fama movidos muchos de los soldados que descubrieron la tierra, intentaron desaguarla, como lo puso en ejecución el capitán Lázaro Fonte después que salió de las borrascas en que se vio, aunque como no fue mucho el caudal con que lo intentó, no pudieron ser las diligencias que eran menester para conseguir el efecto con provecho, y así con menos de esto que de gasto dio de mano a la labor, aunque no falló quien la pasase adelante más de propósito por hallarse con mayor caudal y suficiente a su parecer para hacer el desagüe, pareciéndole no poderlo emplear en cosa de mayor ganancia que la que esperaba sacar de la laguna. Y así, determinándose a esto un Antonio de Sepúlveda, mercader de esta ciudad de Santafé, pasó desde aquí en España en los años de 1580, donde sacó del Consejo una cédula para poder él y no otro desaguar la laguna y que se le diese de la Real Audiencia todo el favor que fuese necesario y los indios que pidiese para la labor del desagüe, el cual se puso hacer luego que fue de la vuelta de España, muy de propósito haciendo casas junto a la laguna y un barco para ella desde donde sondaba su altura y se halló ser por en medio de veinte y cinco brazas; juntó luego muchos indios gastadores que tomando las zanjas desde la altura que pareció a los ingenieros bastaba, las iban siguiendo con mil dificultades que se ponían delante de grandes peñas con que se comenzó a descubrir luego ser mayor la dificultad que se le entendía, aunque rompiendo por todo con grandes gastos de herramientas y vino, por la tierra de fríos páramos y no poder los indios de otra suerte sufrir el trabajo, se fue llegando al desmonte de los dos cerros que tiene a los lados el desaguadero de la laguna, a donde yendo cortando la una y la otra parte del cerro y puntalando o ademando con maderos muy gruesos, se comenzó abrir boca al desaguadero de manera que ya iba vaciando más que lo ordinario y dejando descubiertas sus orillas donde iban hallando algunas joyas de oro de mil hechuras, chagualas o patenas,

sierpezuelas, águilas, esmeraldas que sacaban de entre la lama y cieno que se iba descubriendo y la razón porque las hallaban era porque no todos entraban a ofrecer al medio de la laguna, cuando eran de poco precio los ofrecimientos, sino desde fuera de la agua los ofrecían por las orillas. Al fin aquello poco que allí hallaban da al Sepúlveda ánimo de pasar adelante con la esperanza de sacar la que gastaba y mucho más, como fuera sin duda si su caudal hubiera sustentado la labor que fue menester, porque a cada desagüe que iban dando se iban hallando mayores y más ricas piezas de oro y esmeraldas y tal vez sacaron una como un huevo, y otra un báculo de Obispo hecho de planchas de oro y el báculo aforrado de las mismas canillas de oro y otras joyas, que fue por toda hasta la cantidad de cinco o seis mil ducados que se iban metiendo en la caja real, por haber sido una de las condiciones con que se le había dado la licencia, para que se partiese después de junto todo lo que se sacase por mitad el mercader y la caja, habiéndose pagado la costa de la cual no había de poner el rey alguna. Al fin siendo más la que hacía que lo que podía su bolsa, sucedió que no teniendo bien puntalados los cortes del desagüe y sobreviniendo muchas aguas del invierno, dieron abajo la una y la otra banda de las barrancas, volviendo a cegar la salida del agua, en tiempo que ya no alcanzó el caudal del mercader a volver a limpiar la tierra y así le fue forzoso dejar la ranchería y labor e irse a morir a un hospital, sin haberle quedado caudal para otra cosa, ni haber habido después quién se atreva a tomar entre manos la empresa del propósito.

13. FÓRMULA DE LOS INDIOS PARA PREPARAR VENENO

Pedro de Aguado

ESTA PONZOÑA O YERBA para untar las flechas, en cada provincia se hace de diferentes maneras, y por eso la orden que aquí refiero es la que tienen estos palenques o patangoros[25]. En un vaso o tinajuela echan las culebras ponzoñosas que pueden haber, y muy gran cantidad de unas hormigas bermejas que por su ponzoñosa picada son llamadas caribes, y muchos alacranes y gusanos ponzoñosos de los arriba referidos, y todas las arañas que pueden haber de un género que hay, que son tan grandes como huevos y muy vellosas y bien ponzoñosas, y si tienen algunos compañones de hombre los echan allí con la sangre que a las mujeres les baja en tiempos acostumbrados, y todo junto lo tienen en aquel vaso hasta que lo vivo se muere y todo junto se pudre y corrompe, y después de esto toman algunos sapos y tiénenlos ciertos días encerrados en alguna vasija sin que coman cosa alguna, después de los cuales los sacan, y uno a uno los ponen encima de una cazuela o tiesto, atado con cuatro cordeles, de cada pierna el suyo, tirantes a cuatro estacas, de suerte que el sapo quede en medio de la cazuela tirante sin que pueda menear de una parte a otra, y allí una vieja le azota con unas varillas hasta que le hace sudar, de suerte que el sudor caiga en la cazuela, y por este orden van pasando todos los sapos que para efecto tienen recogidos; y desde que sea recogido el sudor de los sapos que les pareció bastantes, júntanlo o échanlo en el vaso, donde están ya podridas las culebras y las demás sabandijas, y allí le echan la leche de unas ceibas o árboles que hay espinosas, que llevan cierta frutilla de purgar, y lo revuelven y menean todo junto, y con esta liga untan las flechas y puyas causadoras de tanto daño. Y cuando por el discurso del tiempo acierta esta yerba a estar feble, échanle un poco de la leche de ceibas y de manzanillas, y con esta solamente cobra su fuerza y vigor. El oficio de hacer esta yerba siempre es dado a mujeres muy

viejas y que están hartas de vivir, porque a las más de las que la hacen les consume la vida el humo y vapor que de este ponzoñoso betún sale.

---

[25] *Pantágoras*.

14. Cauterización de una herida venenosa

Bartolomé de las Casas

Vinieron cuatro flecheros con sus flechas bien herboladas y pusiéronse tras ciertas matas y ordenaron que otros diesen grita e hiciesen rebato a la otra parte; lo cual puesto en obra como lo habían concertado, dada la grita en la parte contraria, sale Ojeda el primero de la fortaleza como volando, y llegando frontero de los cuatro que estaban en celada, desarman sus arcos y el uno dale por el muslo, y pásaselo de parte a parte; y vuélvese Ojeda muy atribulado, esperando cada hora morir rabiando, porque nunca hasta entonces hombre le había sacado sangre, habiéndose visto en millares, como ya se ha dicho, de ruidos, en Castilla y en estas partes. Creyó que aquella era la que le bastaba; y con este temor mandó luego que unas planchas de hierro en el fuego las blanqueasen, y ellas blancas, mandó al cirujano que se las pusiese en el muslo herido ambas; el cirujano rehusó, diciendo que lo mataría con aquel fuego; amenazóle Ojeda haciendo voto solemne a Dios, que si no se las ponía que lo mandaría ahorcar. Esto hacía Ojeda porque la hierba de las flechas ser ponzoñosa de frío excesivo es averiguado.

El cirujano, pues, por no ser ahorcado, aplicóle las planchas de hierro blanqueadas, la una a la una parte del muslo, y la otra a la otra con ciertas tenazas, de tal manera que no sólo le abrazó el muslo y la pierna, y sobrepujó a la maldad de la ponzoña de la hierba y la echó fuera, pero todo el cuerpo le penetró el fuego en tanto grado, que fue necesario gastar una pipa de vinagre, mojando sábanas y envolviéndole todo el cuerpo en ellas; y así se tornó a templar el exceso que había hecho el fuego en todo el cuerpo. Esto sufrió Ojeda voluntariamente, sin que lo atasen ni lo tuviesen; argumento grande de su grande ánimo y señalado esfuerzo. Sanó de esta manera, consumiendo la ponzoña fría de la hierba con el vivo fuego.

15. La cabalgadura risueña

Pedro de Aguado

Un día sucedió que una acémila o macho que un soldado llevaba con su fardaje y ropa, después de haberse alojado fue a darle a beber al río, y como el macho metiese el hocico en el agua para beber, fue por él asido de un caimán. El macho hizo fuerza con las manos, de suerte que el caimán no lo pudo meter en el agua, a los gemidos que daba acudió su dueño y con él otros muchos soldados, y unos se asieron del macho para detenerlo y otros con lanzas daban al caimán para que lo soltase, lo cual no aprovechó hasta que arrancó todo lo en que tenía hecho presa, que fueron todos los hocicos, y así quedó la acémila todos los dientes descubiertos, que parecía andarse continuo riendo, y causaba gran risa a todos los soldados, porque verdaderamente parecía cosa monstruosa y de gran fealdad.

